

## CAPÍTULO SEGUNDO

### UN NUEVO ORDEN, UNA IDEOLOGÍA VIEJA

Al concluir la sucinta revisión de la obra jurídica napoleónica, se impone echar un nuevo vistazo a las consecuencias concretas que ella produjo en la administración de la justicia francesa, en vista del carácter modélico que ésta fue adquiriendo en Europa y, consecuentemente, en las colonias americanas ligadas a ella.

Una ley de 27 Ventoso del año III (18 de marzo de 1800) reorganiza el sistema judicial francés. En los cantones *el juez de paz*, elegido cada tres años, ejerce todo lo referente a la justicia arbitral o civil y a la justicia de simple policía en lo criminal. En los distritos, un *tribunal de primera instancia*, compuesto cuando menos de tres jueces y un comisario gubernamental, juzga los asuntos civiles y las apelaciones que le presentan los jueces de paz y, en lo penal, ejerce la justicia correccional. En cada departamento funciona un tribunal *para la represión de los crímenes* compuesto por un presidente, dos jueces, un comisario gubernamental y dos jurados: uno de acusación y otro de sentencia; los jurados son elegidos de listas elaboradas por los jueces de paz. En los departamentos funcionan 28 tribunales de *apelación*, que resuelven las apelaciones de los asuntos civiles previamente juzgados por un tribunal de primera instancia. La ley eliminó el sistema de elección de jueces: serán, desde entonces, nombrados por el gobierno y retribuidos con los presupuestos del Estado y, a fin de sustraerlos a eventuales presiones gubernamentales, *vitalicios e inamovibles*.

Pero lo que tuvo un impacto futuro perdurable fue la consolidación, centralizada y reglamentada, de *la función pública*: un numeroso cuerpo de funcionarios dirige la administración, las finanzas, la justicia. Así, hace su aparición *una forma de encuadramiento de la sociedad* mediante lo que se llamaba —y sigue llamándose todavía— los *cuerpos del Estado*: los de inspección de la administración de finanzas, el diplomático, el

prefectoral, para terminar de ordenar una *sociedad desarticulada* por la Revolución. (Hay, además el establecimiento, también en aquel año de 1800, del Banco de Francia).

Otra ley, la del 7 Pluvioso del año IX (27 de enero de 1801) transforma al comisario del gobierno ante los tribunales en un *magistrado de la Seguridad*, encargado de dirigir la instrucción procesal y redactar el acta de acusación; *se establece el principio del secreto del sumario* (o de la instrucción) y se permite escuchar a los testigos fuera de la presencia del acusado, cosas todas ellas aún vigentes en una buena parte de los ordenamientos procesales occidentales, aun cuando también y junto a estos adelantos, surgiera una normativa de arbitrariedad contra la pobreza: con la creación de *tribunales especiales inapelables para “vagabundos”*. (En cambio, al año siguiente, 1802, se instituyó la figura del “Liceo” las escuelas de segunda enseñanza, pieza central educativa de Francia y sus prosperidades, establecimientos trasplantados exitosamente por otras legislaciones nacionales del siglo XIX europeo).<sup>32</sup>

Ahora bien: el conjunto político-social y una geopolítica del todo diferente a la del Antiguo Régimen han de ser analizados desde el ángulo de la problemática específica del “Mundo Restaurado”, que dijo Kissinger en su espléndida investigación sobre el Congreso de Viena y sus secuelas.<sup>33</sup> Ya había iniciado otro mundo reformulado en la dialéctica entre revolución y orden constituido: la guerra en adelante habría de ser entre esos proyectos políticos.

Se equivocaría quien supusiese que el primer cónsul Emperador fue indiferente o inepto en “las artes (¿argucias, ardides?) de la diplomacia”: todo lo contrario; las vinculaciones, pacíficas y consensuales unas, otras obligatorias militarmente a pesar de nuevos y profundos sentimientos colectivos de las comunidades incorporadas a su pesar al Imperio, formaron una bitácora de alianzas y entendimientos y controles nutritísima y, en algunos casos, fructífera a fuer de las novedades ideológico políticas que Francia ofrecía a Europa; entre ellas el *Code Civil*.

<sup>32</sup> Peronne, autor de una esclarecedora monografía sobre el periodo subraya la importancia de la obra de Godechot, J., *Institution de la France sous la Révolution et l'Empire*, París, 1968 (a la que remetimos al lector).

<sup>33</sup> Kissinger, Henry A., *A Work Restored: The politics of Conservation in a Revolutionary Age*, Nueva York, 1964.

“La paz general de 1802 permitió a Bonaparte consolidar las conquistas de la ‘Gran Nación’. Su esfuerzo tomó tres direcciones: restablecimiento de las posesiones coloniales, reorganización de las repúblicas hermanas y reorganización de Alemania”.<sup>34</sup> En el Caribe había el multifactorial problema (económico, jurídico, moral y militar) de un sublevado magnífico, Toussaint L’Ouverture quien, al frente de la negritud esclavizada había destruido las cadenas ignominiosas e imperdonables que el occidente cristiano promovió como un todo (tan cierto como también que no hubo un designio común en aquella tragedia) y las toleró, las disimuló y las aprovechó económicamente, con creces y sin escrúpulos: sin vergüenza.

En Italia, Bonaparte vuelve de cabeza el mapa y rehace totalmente el estatuto de los Estados. La República cisalpina se trasmuta en República italiana, proporcionándole una Constitución, calcada de la del año III, que instituía un Poder Ejecutivo a cargo de dos comités: el de *Salud Pública* y el de *Seguridad General* cuya factura está ligada a la gran insurrección de los sans-culottes parísinos en la que Bonaparte enseñó los dientes. La Constitución francesa, girondina y de compromiso tuvo, como objetivo principal, evitar dos escollos: la dictadura de “iluminados” y la de los militares. Y repudió a Rousseau, favoreciendo la consolidación burguesa y sus conquistas jurídico-políticas. Su fuente ha de encontrarse en Montesquieu y es famosa sobre todo por el hecho de que a su *Declaración de Derechos, siguió otra de Deberes*. Como era de esperarse, a causa de los factores sociales y políticos prevalentes en el momento de su confección, abandonó el *sufragio universal* y optó por el *censatario* para los *pagadores de impuestos directos*, puesto que “son ellos los verdaderamente interesados en el mantenimiento del orden”. Todo ello cabía en los planes del conquistador de Italia, que rompía así con sus orígenes, jacobinos y robespierristas.

Pero en el caso italiano, el Poder Ejecutivo fue atribuido a un presidente de la República (que no podía ser otro que Bonaparte). El Piemonte fue anexionado sin contemplaciones. La República de Liguria, en cambio, siguió la ordenación de la Constitución del año VIII (1799) que no contiene, a diferencia de las tres que la precedieron, ni Declaración de Derechos ni cosa que se le parezca, a cambio de un Poder Ejecutivo fuerte aunque tripartita, el Consulado, cuyos miembros eran elegidos

<sup>34</sup> Peronnet, Michel, *Del Siglo de las Luces a la Santa Alianza*, trad. de Lajo y Frigola, Madrid, 1991, pp. 254 y ss.

cada diez años y entre cuyas manos quedaban confiadas las iniciativas de leyes, el nombramiento de los funcionarios militares, incluyendo a los jueces, la seguridad interior, las relaciones exteriores, gozando de la facultad de arrestar a los sospechosos de atentar contra la seguridad del Estado: una dictadura colegiada implacable (si bien lo de “colegiada” resultó un eufemismo: todo el poder fue del primer cónsul). El título primero es asombroso: “*De l'exercice des droits de cité*”. El núcleo de aquel enredo constitucional quedó al descubierto en el artículo 50., “*L'exercice des droits de citoyen français est suspendu, par l'état de débiteur failli, ou d'héritier immédiat, détenteur à titre gratuit de la succession totale au partielle d'un failli...*”. Asomó así el cimiento burgués de la Carta. Y Napoleón, que sabía su juego, refrendó su alianza con los nuevos dueños de la riqueza, para quienes la quiebra y la suspensión de pagos era el peor de los pecados.

Parma y Luca quedaron bajo administración francesa, lo mismo que la Toscana florida y el hervidero de Nápoles: Italia entera cayó en las manos del Ambicioso.

Los suizos y su República helvética estaban en problemas y la anarquía pretendía asolar los cantones immaculados; optó Napoleón por organizarlos en régimen federal cantonal que iba del sistema censatario al de sufragio universal. Una dieta resolvía los asuntos exteriores. A cambio de estos productos institucionales los suizos pagarían, ellos también, su “cuota de sangre”, poniendo 16,000 hombres bajo las órdenes del Guerrero invicto.

Alemania constituía, con todo, el problema mayor (que pareciera ser lo suyo, su específica naturaleza, a lo largo de los siglos). En Alemania era indispensable poner al abrigo de las nuevas coordenadas geopolíticas las llamadas “ciudades libres”, esenciales de su estructura comercial y bancaria: Bremen, Hamburgo, Lübeck (la de *Los Budenbrook* de Mann), Nüremberg, Frankfurt y Augsburgo. La desaparición de los pequeños principados alemanes benefició territorialmente a Prusia, Baviera y Austria, pero también a Francia, diplomática y militarmente.

Entretanto, “el león inglés” rugía de impaciencia por la creciente preponderancia comercial francesa, incompatible y lesiva de las más profundas raíces de ese pueblo de emprendedores marinos y de infatigables comerciantes. La recuperación colonial francesa amenazaba al eje afroamericano, vital para Inglaterra. Pitt, desde el gobierno, actuaba con el designio de frenar la expansión comercial gala, forzando a Addington a

mostrar “cara de pocos amigos” a los imperialistas de allende el Canal, lo que no resultaba nada difícil: ya se sabe, “no a los amigos (que no existen), sí a los intereses, que son lo único que cuenta”, el gran principio británico de todos los tiempos. El resultado de esas presiones fue la ruptura de relaciones con Francia el 12 de mayo de 1803, pretextando la cuestión irresoluta de Malta, pues Inglaterra se negaba a abandonarla, a pesar del tratado de Amiens. El fondo de la disputa general radicaba en el incremento productivo, los excedentes ingleses, que necesitaban encontrar una salida imposible si se ahogaba la vocación imperialista de la Isla, pues más de la mitad de su producción textil y metalúrgica era menester que fuera exportada. Pero no había con qué oponerse a Napoleón, un aventurero inescrupuloso ante los comerciales ojos británicos, pues por necesidad presupuestal el Ejército y la flota habían sufrido drásticas reducciones. Con todo y esa monumental antipatía, rayana en obsesión, nada podía hacerse por el momento para enfrentar al Victorioso al que el atentado fabricado por Moreau, Pichegrus y Cadoudal (y que le costaría la vida al duque de Enghien)<sup>35</sup> no le había rozado siquiera, como convalidando su “sino immortal” (durante algún tiempo), pues al decir de Peronnet<sup>36</sup> todo fue un montaje de prensa, para apresurar el nacimiento del Emperador que vio la luz, con ayuda plebiscitaria (tan lábil como los actuales “sondeos” y encuestas), en Notre-Dame el 2 de diciembre de 1804. Europa conocerá, a partir de entonces, diez años de discordia y un interminable desfile militar que atraviesa, una y otra vez, todo el continente, librado al cálculo y al interés de los autócratas aún incontrolables, quienes no se tentarían el corazón ante aquella monstruosa sangría. Napoleón terminaría odiando la guerra, o al menos desengañado para siempre de ella. La realeza alemana, en cambio, y la casta militar teutona la miraría con nostalgia y haría lo necesario para revivirla, después de que bajara Metternich a la tumba y el sueño inmovilista cayera hecho trizas.

La caracterización del complejo periodo que va de 1789 a 1914 puede visualizarse sucintamente gracias a la nueva interpretación de Blanning<sup>37</sup> quien reconoce distintas fases del mismo: la primera está marcada por las repercusiones de la Revolución, subrayando el desorden que produjo el

<sup>35</sup> Complot que fue para Sainte-Baune el telón de fondo de su célebre *Voluptuosite*, la única novela del gran científico y que llamó la atención de Baudelaire.

<sup>36</sup> Peronnet, Michel, *op. cit.*, p. 257.

<sup>37</sup> Blanning, T. C. W., *El siglo XIX*, trad. de García Garmilla, Barcelona, 2002.

licenciamiento de los ejército al interior de las sociedades, sobre todo de la francesa, desbarajuste alimentado, además, por el choque ideológico entre desencantados y recalcitrantes, debatiéndose ciudadanos y súbditos (que había de esos dos tipos) a fin de encontrar fórmulas viables de gobernabilidad, que será el tema central de las páginas que siguen, pues estimamos provechosas las lecciones jurídico-políticas que de ahí se deducen. No debe obviarse la crisis económica de final de la década de 1840: el hundimiento de la agricultura por una oleada de epidemias y plagas, la hambruna consiguiente y las migraciones para sobrevivir a ella. En Irlanda hubo miles de muertes por inanición y muchos miles también perecieron por hambre en Gran Bretaña y los Países Bajos. Vendría el consiguiente derrumbe político y, entre febrero y marzo de 1848, los revolucionarios atisbaron una nueva oportunidad y “los contras” repusieron el viejo, anacrónico sistema, parchado y vuelto a remendar, en Alemania, Austria, Hungría e Italia.

El tercer episodio, de crisis bursátiles, llega hasta 1873, repercusiones que fueron de la guerra franco-prusiana que además tuvo como ingrediente la invasión masiva de Europa de cosechas americanas y australianas, con el consabido clamor local proteccionista, echando por la borda la fantasía de la Mano Invisible Liberal (que aquí quiere decir la derecha salvaje) y la obturación de los vasos comunicantes entre partidos políticos y electorado (cosa también sabidísima desde entonces). Para 1880, la revolución rediviva volvía a sentirse en el aire y los anarquistas hicieron de sus bombazos y sus bombásticas expresiones una leyenda (material primigenio para la literatura rusa y para Joseph Conrad). El alfilerazo letal que en Ginebra segó la vida de Elizabeth de Baviera, la emperatriz austriaca, fue el tétrico aviso de que la cosa iba en serio y lo fue tanto que condujo finalmente a Sarajevo, entre cuyas detonaciones acabó por derrumbarse el sistema político-jurídico puesto a punto por Metternich cien años antes. Son aquellos momentos de construcción indispensables para el conocimiento del sistema del “equilibrio de poderes”, que finalmente costaría “la sangre, el sudor y las lágrimas” que predijo el incombustible autor de la Victoria Aliada.

## I. UN ¿NUEVO? ORDEN

La primera cuestión central del nuevo orden de Metternich estuvo representada por el auge de los partidos políticos, asociaciones de trabajadores, grupos de presión y movimiento clandestinos, esto es, de los monstruos que poblaban sus peores pesadillas.

Una prueba de ello es que en Francia, en 1848, cuando se aprobó el sufragio masculino, el 80 o 90 por 100 de los hombres votaron, a pesar de que muchos de ellos eran analfabetos y vivían en pueblos remotos... Se pagaban los votos mediante favores que salían del Cuerno de la Abundancia del Estado, o bien pagaban directamente los candidatos mediante convites o en metálico. Los partidos y las elecciones en ningún lugar estaban libres de interferencias, más o menos opresivas, ejercidas por funcionarios estatales o notables poderosos. Esto dio lugar a *continuas luchas por las libertades políticas*, luchas que marcaron a Europa a lo largo del siglo.<sup>38</sup>

En esos combates Metternich no se cansó de aplicar y de recomendar imperiosamente sus *recetas legítimo-inmovilistas*, que lograron estabilizar el convulsionado mapa heredado de las commociones francesas, ideológicas y militares.

Pero también la tierra tuvo un papel protagónico, pues las normas legales sobre la propiedad, los arrendamientos, los derechos y aprovechamientos y el poder social y económico derivado de su posesión, le crearon, sobre todo a partir del Code Civil de 1804, una coraza jurídica adecuada a los intereses prioritarios de los terratenientes, como ya lo hemos advertido arriba.

La tierra era el centro de existencia para toda la población, independientemente de lo amplias que fueran las diferencias económicas y sociales. El espectro iba desde las grandes granjas de East Anglia o Flandes en un extremo, pasando por los viñedos especializados de Burdeos o de Holanda, los minifundios de supervivencia de Gascuña, Irlanda o el oeste de Alemania y los latifundios “feudales” de Andalucía y Hungría hasta lo más profundo de la servidumbre, casi esclavizante, de los principados del Danubio que existió hasta mediados del siglo en el este de Europa y en ciertas zonas de Escandinavia. En todas partes, *la luchas por la tierra, tanto pacíficas como violentas, configuraron*

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 28.

*distintas actitudes políticas.* Lo novedoso del siglo diecinueve fue que el cambio económico estaba haciendo desaparecer las relaciones tradicionales entre las personas y la tierra, del mismo modo que los cambios políticos amenazaban la autoridad tradicional de las élites de terratenientes. Las fuertes disputas sobre el uso tradicional de los bosques y los pastos comunales hicieron que las comunidades rurales se revolvieran contra los terratenientes, que querían poner en práctica planes de modernización, pero también contra el Estado. La explotación de los siervos y el trabajo obligatorio, aún en vigor, fueron los motivos de las revueltas campesinas que se produjeron durante la primera mitad del siglo... En la segunda mitad del siglo, cuando los campesinos empezaron a conseguir el derecho al voto (Francia 1845, Alemania 1871, Gran Bretaña 1884, España 1890, Austria-Hungría 1907, Italia 1912) los terratenientes que intervenían en la política local y nacional esperaban el apoyo en las urnas. Donde era necesario, se imponía mediante el soborno y la coacción: la votación era pública en Prusia y Austria y el secreto era efectivo en Gran Bretaña o Francia. A menudo, un sacerdote o el administrador de una finca, reunía al campesinado para que votara todo junto... En el contexto británico, la palabra “*deference*”... se refiere a la aceptación voluntaria de un liderazgo político ejercido por la élite de terratenientes, lo que significa que en la década de 1880 alrededor de 170 escaños de la Cámara de los Comunes todavía estaban ocupadas por hijos de los Pares o de los Baronet. También en Francia los terratenientes dominaron el Parlamento hasta la década de 1880... Ya fuera mediante la zanahoria o el palo, las zonas rurales pobres se convertían frecuentemente en feudos electorales de terratenientes conservadores (no solía haber otros) o de candidatos presentados por el gobierno. Sin embargo, esta opresión podía producir el resultado contrario. Ya desde 1849, los campesinos y los trabajadores dieron un apoyo inesperado a los movimientos anarquistas o socialistas en gran parte del sur de Europa. Con la difusión de la agricultura y la ganadería comerciales en las últimas décadas del siglo, los sindicatos agrarios, los partidos campesinos —uno de éstos logró la mayoría en la Cámara Baja danesa desde 1872— y un enorme número de cooperativas —por ejemplo las productoras de vino, mantequilla o tocino, así como las que proporcionaban créditos— se convirtieron en fuerzas sociales y políticas importantes. La política rural efectuaba la totalidad del sistema, no sólo porque la población campesina era muy numerosa, sino también porque, con el fin de neutralizar el radicalismo de las ciudades, se le había dado una representación en los parlamentos superior a la que en realidad le correspondía... Por lo tanto, un acuerdo viable con el campesinado era esencial para la estabilidad política.<sup>39</sup>

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 29 y 30.

Ya se ve el inicio del ambiguo juego con que las élites políticas y los intereses urbanos manipularon el derecho al voto acomodable más fácilmente mientras más atrasada, incomunicada y pobre fuera la circunscripción electoral. Los campesinos fueron desde entonces (y lo son aún ahora) una suerte de ejército sufragante de reserva al servicio de intereses que no eran los suyos cuando no eran encubiertamente antagónicos a sus demandas. Todavía hoy, en nuestra región, son los hombres del campo la carne de cañón de los partidos políticos; el reclamo a éstos por su divorcio de los ciudadanos se debe, en buena medida a esa inescrupulosa y antidemocrática “*capitis diminutio*” que han decretado contra los ciudadanos de a pie. Por eso, por esas y otras argucias y necedades, el grito del Sol de Madrid es ya universal, “¡que no nos representan!, ¡que no nos representan!...”.

El tercer factor, además del derecho al voto y la preminencia de la propiedad raíz, fue el problema religioso, que siempre ha embebido de intransigencias fundamentalistas a lo político. Podía presentarse explícitamente (el Partido Católico Alemán) o bien, a modo de obtener frentes más amplios, subterránea u oblicuamente. Las religiones podían ser (y lo fueron en muchas ocasiones) fundamentales en la construcción de lealtades políticas (el inconformismo liberal británico, el izquierdismo judío, el catolicismo francés de derechas).

El clero era el único (cuerpo social) que ejercía una influencia ideológica constante sobre las masas, al menos hasta la segunda mitad del siglo, *cuando surgió vigoroso un cuerpo profesional estatal, sobre todo en Francia...* Especialmente en los países protestantes, el clero poseía unos poderes coercitivos considerables. Muchos clérigos de la iglesia anglicana eran magistrados... los ministros calvinistas o luteranos de Escocia o Escandinavia tenían una autoridad moral aplastante... En consecuencia, la disidencia política solía incluir la disidencia religiosa... En todo caso, lo espiritual y lo temporal se reforzaban mutuamente. Durante las décadas de 1830 y 1840, los socialistas franceses utilizaron el slogan “*Jesús fue el primer comunista*” para ganar adeptos y los sacerdotes radicales respondieron inventando versiones cristianizadas del socialismo... Los Estados tomaron represalias penalizando iglesias que eran focos de oposición política. Muchos negaron la igualdad plena de derechos a los adeptos de religiones minoritarias hasta bien entrado el siglo. En Inglaterra, la ley llamada “*University Test Act*” (que excluía a los no anglicanos de Oxford y Cambridge) sobrevivió hasta 1871. Algunos gobiernos emprendieron políticas aún más agresivas. La *Kulturkampf* bismarckiana contra la

Iglesia Católica en la década del 70, estaba basada en la acusación de que los católicos eran enemigos del Reich... En muchos casos los nacionalismos abrazaron la religión y viceversa... Las demandas de derechos políticos para las mujeres ofrecieron a las iglesias la posibilidad de ejercer una influencia política mayor, ya que las mujeres eran más religiosas que los hombres y esta fue la razón de la oposición que los partidos de izquierda presentaron el sufragio femenino. (Ya se ve, otra vez, que lo de menos para ellos y sus burócratas son los derechos; lo realmente importante en dicha lógica es la porción del pastel político de la que pueden hacerse y los derechos y las libertades, si entorpecen las maniobras partidistas, deben dejarse de lado). La llamada “cuestión social” conmovió la conciencia moral y religiosa (hasta llegar a las universidades católicas emblemáticas: Lovaina en Bélgica y Friburgo en Alemania) y programas, asistenciales y solidarios, brotaron por todas partes. El Partido Católico Belga, El Partido Antirrevolucionario Protestante de Holanda y el Partido Social Cristiano de Austria, se convirtieron en una de las características permanentes del panorama político europeo.<sup>40</sup>

Y en el fondo del dicho panorama, dos grandes cambios: la urbanización de la vida (por migración o por crecimiento) y la multiplicación de las comunicaciones gracias al ferrocarril y al telégrafo, básicamente. Es éste el contexto de la trayectoria política del adalid del conservatismo: Clemente Metternich. Su ejecutoria diplomática y la influencia que logró adquirir para configurar una Europa inmovilista y depredadora de derechos y libertades es tema de necesario abordaje para el propósito de este papel.

Además de los imprescindibles datos biográficos, ningún estudio ha descifrado mejor la obra de Metternich que el clásico *A World Restored* de H. A. Kissinger,<sup>41</sup> quien sabía muy bien de lo que hablaba. Para la biografía sobresale el trabajo de Hermann.<sup>42</sup> Seguimos a los dos en los renglones subsecuentes.

Deja dicho el canciller nixoniano en esa obra que, a partir de la conclusión de las guerras de la Revolución Francesa,

el enfrentamiento político se había vuelto doctrinal: *la balanza del poder* que había funcionado tan intrincadamente durante el siglo XVIII perdió de pronto su flexibilidad y el equilibrio europeo vino a percibirse como una pro-

<sup>40</sup> *Ibidem*, pp. 33 y 34.

<sup>41</sup> Kissinger, Henry A., *Un mundo restaurado*, trad. de Eduardo Suárez, México, 1973,

<sup>42</sup> Hermann, Arthur, *Metternich*, trad. de Pereyra, Madrid, 1962.

tección insuficiente para las potencias enfrentadas a una Francia que había proclamado la incompatibilidad de sus máximas políticas con las de los otros Estados... Bajo el impacto de Napoleón, no sólo se desintegró *el sistema de legitimidad* del siglo XVIII sino, al mismo tiempo, las salvaguardias físicas que parecían requisitos previos de la *estabilidad*, por lo menos para los contemporáneos... Aunque Napoleón pudo derribar el concepto de legitimidad existente, no pudo encontrarle sustituto... La fuerza había remplazado a la obligación y las realizaciones materiales de la Revolución Francesa habían desbordado *su base moral*. Europa estaba unida, pero negativamente, en oposición a un poder que sentía extranjero (que es la indicación más segura de la ausencia de legitimidad y cuya prueba contemporánea la constituyen las intervenciones militares euroamericanas en Irak y Afganistán, podemos agregar), en una conciencia de “ser diferente”, que pronto se apoyó en postulados morales y se convirtió en la base de los nacionalismos... La derrota definitiva de Napoleón en el problema de la construcción de un orden legítimo se le planteó a Europa en su forma más concreta. *La oposición puede crear un consenso amplio, quizá el más amplio posible, pero sus componentes, unidos por lo que les disgusta, pueden divergir grandemente en cuanto lo que deba remplazarlo...* Se hizo evidente que Europa no podía organizarse por la fuerza... La Revolución Francesa había asestado un golpe quizá mortal al “derecho divino” de los reyes; y, sin embargo, se llamó precisamente a los representantes de esta doctrina para que terminaran el derramamiento de sangre... El periodo de estabilidad (1822 en adelante, hasta 1914) que siguió fue la prueba mejor de que se había construido un orden legítimo, un orden aceptado por todas las grandes potencias (Francia incluida), de modo que de allí en adelante buscaron el ajuste dentro de ese marco, antes que su destrucción.<sup>43</sup>

Meteernich fue el artífice mayor de aquella ambiciosa empresa.

Cuando el destino de los imperios está en juego, las convicciones de sus estadistas son el medio supervivencia. Y el éxito depende de la correspondencia de estas convicciones con los requerimientos esenciales del Estado. Estaba en el destino de Austria que en sus años de crisis fuese guiada por un hombre que representaba al máximo su esencia misma; era su destino y no su buena fortuna porque, como en una tragedia griega, el éxito de Clemens von Metternich volvió inevitable el colapso final del Estado que él había luchado tanto por preservar.<sup>44</sup>

<sup>43</sup> Kissinger, Henry A., *Un mundo restaurado*, cit., pp. 11-16.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 19.

La peripecia vital del Imperturbable ya es indisociable de la historia de los derechos entonces recién proclamados y de sus adversidades, que Metternich se encargó de sembrar por toda Europa, con el propósito de alimentar (aunque sabía que nada podía permanecer inmóvil en el mundo político) la ilusión de un poder público incombustible para el éxito de los intereses predominantes en la ascensión de la burguesía y del capitalismo industrial, en cuya lógica aquel inmovilismo acabó por ser, antes que garantía, freno y control como lo postulaba Metternich, una estrecha morada en la que terminó por no caber la inquieta familia, numerosa y desigual, de la nueva élite.

Metternich se definió con desnuda objetividad: “soy un hombre de prosa, no de poesía... Yo nací para hacer historia, no para escribir novelas y si adivino correctamente es porque sé”. El *estadista* para él fue la suprema entre todas las dignidades y el hombre de Estado debía ser el científico que trabajaba en el campo de los intereses estatales. A él le cupo además la señalada distinción de ser, de facto, el primer ministro de Europa, Kissinger *dixit*: “Sobresalía en la manipulación, no en la construcción... prefería la maniobra sutil al ataque frontal”. Napoleón le reprochaba confundir la política con la intriga y algún contemporáneo subrayaba el rasgo central de su fisionomía intelectual y moral diciendo de él que, “dotado de una gran opinión de la superioridad de su habilidad, adora la finura en política (hoy caída en desuso por todas partes). Dado que no tiene energía suficiente para movilizar los recursos de su país trata de sustituir, con astucia la fuerza y el carácter”. Otro dijo de él que “no era hombre de pasiones fuertes ni de medidas audaces; no es un genio sino un gran talento frío”. Y este último es el juicio postrero de quien mejor le conoció, su secretario Frederich von Gentz, el testigo de todos sus “congresos”.

Dijo Chateaubriand que “el cielo raramente permite que nazcan juntos el hombre que quiere y el hombre que puede”. ¿La excepción a la regla podría encontrarse en Metternich? ¿Chateaubriand, al idear su aforismo, tendría en mente ese singular trayecto diplomático, ideológico, su vida aparentemente enmarcada de frivolidades y oropeles y que, sin embargo, fue una voluntariosa apuesta por lo probado y conocido frente a la vida realmente vivida por sus coetáneos de estratos sociales esencialmente ajenos cuando no frecuentemente antagónicos a las añejas concepciones aristocráticas del mundo que fueron las suyas y que miraban esa realidad

con un cierto desdén, *escéptico-olímpico*, consustancial a su grandilocuente personalidad y empingorotada estampa?

El “Canciller del Mundo” se vio beneficiado por dos circunstancias negativas e indiscutibles: las débiles, mediocres, rutinarias y, en ocasiones, hasta supersticiosas mentes de emperadores (Alejandro<sup>45</sup> y Francisco José) y reyes (el prusiano insignificante, el demente de Jorge III y el Príncipe Regente) a los que llegó a manejar como si de párvulos se tratara, pues fue esa triste realidad la que le obligó a tomar conciencia plena desde el primer momento del ejercicio de su inmensa influencia en la gobernanza europea que jugaría en solitario. El otro hecho irrefutable es la enorme diferencia entre su inteligente análisis, su voluntad política y su capacidad de liderazgo y las prendas, intelectuales, políticas y hasta personales, de un hosco Castlereagh y de los pintorescos personajes menores: Pozzo di Borgio, Colleredo y Capodistria (cuyos nombres suenan hoy teatrales) algunos de ellos cancilleres a los Congresos, conservadores y legitimistas, de los que Metternich fue el primer actor y la autoridad indiscutida. Al esbozar los movimientos y aspiraciones centrales de su vida debe advertirse, desde el principio, que la suya no se compuso de heroicidades, ni de desmesuras de ningún género, tampoco de rupturas y giros radicales de la conciencia moral, que frecuentemente parecieran ser la clave por la que los hombres históricos acaban cumpliendo con su destino; las oscuras pasiones y vicios, privados y vergonzosos no salpican su vida en la que pareciera no haber ocurrido nada que no fuera sutil (lo que no quiere decir carente de fuerza, pero de una fuerza insólita). Es elíptico pero sabe colocar con precisión el tiro en el blanco que ha atisbado; sutil, aunque implacablemente enredoso; amable, con aquella sonrisa gélida y esos modales antisépticos. Ante todo, es certero, congruente y muy eficaz, embebido de la obsesiva doctrina de la *legitimidad monárquica ancestral* y de la no menos monolítica tesis del *equilibrio del poder*. Tiene a su alcance los medios para lograr imponer ambas religiones, pues ellos

<sup>45</sup> El ya clásico *El Congreso de Viena*, de Harold Nicholson (Madrid, 1963), consigna la enorme influencia de La Harpe sobre su imperial pupilo, el zar Alejandro. El suizo, estudioso y adicto a los principios racionalistas y jurídicos del XVIII, bebidos en la Biblioteca de Lausane, quiso hacer de él un rey filósofo, un déspota ilustrado. Pero no pudo lograrlo Pigmalión con el coronado, entre otras cosas, porque de la endeble arcilla de la que estaba hecho Alejandro no podía surgir nada firmemente duradero: se hubiera requerido un bloque de mármol y La Harpe tema ante sí sólo un frágil cristal ya resquebrajado por Catalina II, su insuperable, insufrible e ilustrísima abuela, la amiga de Diderot.

son los de la Europa contranapoleónica entera. Es posible en consecuencia afirmar ante Chateaubriand que Metternich, fue a plenitud “*el hombre que quiso y el hombre que pudo*”, espléndido ejemplar de la *rara avis* que él logró atrapar a lo largo de sus brillantes apóstrofes incomparablemente antinapoleónicos (que suelen tener una redoblada potencia letal tanto para la razón como para el corazón). ¡Cuán amargo habría sido para el romántico genio de Saint-Malo, reconocer que, para rivalizar con la eminente altura de Metternich había en Francia, por aquellos sus días, solamente un hombre capaz de alcanzar la cima de lo diplomático y la aguda visión de largo aliento: Talleyrand, el aborrecido “obispo juramentado”, la encarnación del vicio, la corrupción y el desdoro, su “bestia negra”. Así, dos escépticos cuya única fe fue el agnosticismo, aquellos dos desengaños engañosos fueron socios, involuntarios y distantes, del Pacto Reaccionario-Legitimista, la empresa del austriaco, ciego e incombustible ante todo lo que se moviera políticamente, pues para Clemente Von Metternich el dinamismo social era una horrible patología, erradicable si se la diagnosticaba a tiempo. Así, con su farmacopea política a cuestas, en cada convulsión a la que acudía presuroso, supo negar ante la faz de Europa las bondades del cambio, cualquiera que éste fuese y, para acabar pronto, de todas sus apariciones, imprevistas y disolventes. El único mundo digno de ser vivido era el del congelamiento; la edad política de hielo que según él Europa necesitaba experimentar a fin de ahogar los ardores y las pasiones que levantaban a su paso derechos y libertades fantasmagóricos.

Si aquello lograba ser consolidado volvería la Edad Perdida, “le douceur de vivre” de la nostalgia del Príncipe de Benevento; valía la pena el esfuerzo y no podía caber ninguna duda en la necesidad moral, económica, política y religiosa de restablecer el orden de un doliente mundo surgido del ardor de revolucionarios fanáticos y conquistadores diabólicos. Eran llegados, para aquellos ilusos criminales, los “*diaes irae*” y no habría contemplación ni desfallecimiento que pudiera impedir el juicio final a la Revolución y sus extravíos, arrojados por fin al fuego eterno del maligno.

Metternich, desde otro ángulo, se vio también favorecido por las enseñanzas que, en su adolescencia, recibió de su preceptor Simón, quien le libró de los prejuicios con que cargaba su fastidioso progenitor, diplomático de segunda fila cuyas añejas preocupaciones por minucias de la etiqueta y el decoro aristocrático contrastaban con el ingenio vivaz de su

madre, Beatriz Kagenegg, quien lo alumbró a la edad de sus dieciocho años, producto de su enlace con el conde Francisco Jorge, matrimonio arreglado —se dice— por la emperatriz María Teresa, la madre de Marie-Antoinette. Su formación ocurrió en la frontera francoalemana y en Estrasburgo, en las facultades de Diplomacia e Historia (que contaban entre sus destacados alumnos a Talleyrand, Constant y Montgelas) en donde la influencia de Kock le ganó para la causa del orden y de la fidelidad a los hechos, a fin de llegar a construir los *sistemas jurídicos* que reclamaban las nuevas realidades europeas. Sin embargo, el desconcierto general hizo presa también de la Universidad y su preceptor Simón se alineó en el bando revolucionario y al hacerlo hundió el alma de Metternich en la aflicción, como diría años después. Esta metamorfosis de su admirado maestro acabó de sellar su repugnancia a las convulsiones populares y a las ideológicas que prohijaban los extravíos de muchedumbres, ignorantes y zafias, repulsa que su estancia en Inglaterra acabarían por enraizar definitivamente en su conciencia, justificada dicha aversión con razonamientos más bien elementales, casi viscerales. No podía esperarse otra cosa de su trato con Burke, el excéntrico reaccionario traidor de la causa por los derechos del hombre a la que lo invitara Thomas Paine y a quien respondió con un incordio: las “Reflexiones”, con aquel su lenguaje de fulminantes y sofísticos anatemas. Ni siquiera la amistad con un ingenioso fascinante, el príncipe de Ligne, corresposnal de Voltaire, Rousseau y Federico el Grande, pudo moverlo a replantearse, como hombre joven que era entonces, la unidimensionalidad anacrónica de su repertorio de ideas políticas, que congeló inamovible hasta el día de su muerte.

Kock había sido su guía en las lucubraciones teóricas de la doctrina del *equilibrio del poder*.

Esta idea no era nueva, nació en Europa como consecuencia necesaria de haber cesado la universalidad temporal y eclesiástica de la Iglesia Católica... La Reforma fue el fin del aspecto temporal... La filosofía mecanizada del siglo XVIII era más o menos ésta: existía un equilibrio de las fuerzas naturales que los Estados debían de emular en su *organización política e industrial*. Ningún Estado debía tener supremacía sobre otro; todos debían encontrarse en perfecto equilibrio.

Vogt, en Maguncia, explayaba el mismo género de ideas en su libro *República europea*: en Europa, dos multitudes combaten entre sí: el *partido democrático* lucha por la libertad y la igualdad y cuando degenera y no encuentra

obstáculos, se convierte en escepticismo y anarquía; *el partido monárquico* pide orden y cuando degenera aparecen el despotismo y la superstición; *el partido aristocrático* debe aspirar siempre a la media de las dos, a la moderación y al mantenimiento del *statu quo*. Este equilibrio es la expresión de la razón y de la justicia eternas.<sup>46</sup>

Metternich sacó sus conclusiones; calculada y también temperamentalmente, se quiso construir como instrumento y artífice de un mundo inmóvil, impecablemente uniforme (y no tan aburrido como uno supondría). Nunca dejó de ser, por otra parte, el perfecto “árbitro de la elegancia”, incluso en París en donde tuvo amoríos (se dice) con Carolina Murat, hermana del Guerrero y esposa de otro, que también tenía lo suyo. Era —dice Herman— el perfecto hombre doble (“el dos caras” de nuestra fórmula coloquial). Pero es que en la vieja diplomacia aquello era esencial (¿y hoy en día, no lo es?). Ni enfrentándose al imperturbable Talleyrand desmerecían sus dotes y atributos personales y profesionales. A los treinta años ya era el favorito del *Establishment*. Podía ahora avanzar seguro hacia la meta de su insatisficha ambición, que no era por cierto modesta ni trivial, aunque su camino no podía haber sido más tortuoso.

Su inauguración como canciller austriaco fue lograr el matrimonio de Napoleón con María Luisa de Habsburgo, empresa que requirió de astucias y rodeos innúmeros y en la que el Conquistador cayó redondo, sin percatarse que aquello sería más debilitamiento de su margen de maniobra que un escudo a sus ambiciones, imposiblemente insaciables.

Al lado de esta “cuestión dinástica” había otras urgencias que reclamaban su atención. La más peliaguda era la alianza franco-rusa, que era necesario impedir a toda costa, pues colocaría a Austria entre dos fuegos. Metternich eligió ante el conflicto su vía favorita: la neutralidad, *para asegurar el advenimiento del nuevo orden, que habría de ser inmutable por estar basado en leyes eternas*. Había que conservar la integridad del Imperio otomano pero no pelearía con Rusia por Turquía y así logró mantener todo ese tiempo “dos caras”, engañando a todos, confiado en sus capacidades, apoyado por su jefe imperial y cortejado por los más encumbrados personajes de aquel tiempo tan incierto. Era para entonces *el más europeo de los europeos*, perfil que suele no destacarse suficientemente a la hora de analizar su política.

<sup>46</sup> Herman, Arthur, *op. cit.*, pp. 65 y 66.

Luego estaba la cuestión de Prusia, a la que también era preciso alejar de la tentación de una alianza con Bonaparte para alinearla, en cambio, con Rusia, maniobra en la que Metternich echó mano del orgullo nacional, pues auguró mañosamente, de unirse a Francia, Prusia acabaría siendo una más de las entidades sometidas de la Confederación del Rhin. De aliarse con Rusia y contra Francia, Austria permanecería neutral “temporalmente”, pues argüía (ante los conjurados antifranceses) que requería de tiempo para prepararse a fin de librarse la batalla definitiva y exitosa contra Napoleón. La promesa de esa futura belicosidad austriaca le permitió cohesionar la alianza antirrevolucionaria del futuro inmediato, lo que, en otras circunstancias, hubiera sido insuficiente; aquí se probó la fertilidad innegable de su encanto personal y de la solidez que ostentaba, aun cuando todo se tambaleara en su entorno y las palabras se las llevara el viento, una y otra vez. Pero él se mantuvo firme en una estrategia de altos vuelos y de designios trascendentes (mientras Beethoven le iba poniendo música nueva a un nuevo mundo de ideas que Metternich estaba empeñado en retrotraer, restaurando los regímenes “*legítimos*” pero ya muy envejecidos). Eso habría de diseñarse y acordarse en Viena, en el bailador Congreso de 1814-1815.

En mayo de 1812 Napoleón fue el Supremo, con el homenaje en Drierden de las “testas coronadas” y el de su formidable ejército compuesto por 100,000 hombres. El resultado final de tan impresionantes manifestaciones no fue otro que la desbandada francesa en las llanuras de Rusia mientras —dice la leyenda— la chiquillería alemana la festejaba cantando: “Tamborileros sin tambor, caballeros sin coraza, caballeros sin espada, y jinetes sin montura. ¡Hombre, caballos y cascós, han sentido la ira de Dios”!

Después del desastre, Metternich ya no necesitaba ocultar más su primer objetivo: reducir a Francia a sus fronteras naturales: el Rhin, los Alpes y los Pirineos. Pero parecía imposible lograrlo si Napoleón subsistía en el trono. Ya no podía proseguir su doble juego entre rusos y galos: había que dar la impresión de que el mismo Napoleón era quien apartaba a Austria de su lado para acercarla a Rusia. Entre tanto, la complicadísima maniobra requería de una capacidad diplomática del que había ya dado Metternich pruebas magistrales; sus facultades por entero las puso al servicio de la embestida final, coronada, después de penalidades sin cuento, con el triunfo, uno total, como raramente se registra otro en la historia de

la guerra (ese apéndice de la diplomacia por otros medios, si se permite voltear el clásico apotegma de Clausewitz).

En el laberinto de aquellas alianzas (explícitas e implícitas) el de las apariencias falsas y la realidad de fondo, Metternich estaba en su atmósfera y su aire, y nadie (excepto Talleyrand, otra vez él) podía oponérsele frontalmente, entre otras cosas por su endémica renuencia a enfrentar cruda y directamente los problemas. Quiso ser el orquestador de una partitura que no admitía, para su ejecución, estruendo alguno. El “*suaviter in modo, fortiter in re*” pudiera haber sido su divisa en ese tramo tan peligroso, que logró cruzar sin pérdidas sustanciales. Mucho más peligroso, de consecuencias fatales a la postre, fue el error del Napoleón, persuadido gratuitamente del imposible antagonismo de su suegro imperial, quien a esas alturas ya era una criatura de Metternich, cuando menos en lo que a enredos diplomáticos se refiere, sobre todo los que lograron apartar a Sajonia, Baviera y Wurtemberg del bando francés, posibilitando, con su neutralidad, que Austria ganara tiempo en la carrera armamentista para enfrentar al héroe de Solferino en el nuevo campo de la guerra, un último escenario con otro orden de cosas. No era tan sencillo lograrlo y el canciller estuvo muy cerca de perder la confianza de su amo después de la derrota de Lützen en la que salieron airosas las armas francesas, como también resultaron triunfadoras en la de Bautzen, cuatro días después (2 y 6 de mayo de 1813). Las condiciones de una paz afrentosa, recordando sus conquistas territoriales y el temor a la irrisión inglesa, su horror al ridículo ante la faz del mundo (en lo que resultaba muy francés) convencieron a Napoleón del doble juego austriaco: la ruptura fue inevitable y así el desastre final también. La paz anhelada por todos fue imposible puesto que no había ninguna base sólida para la concordia cuando la fuente de discordia era un hombre en perpetuo movimiento, en una interminable fuga hacia adelante, que sólo se detendría con su aniquilamiento o su ostracismo. Metternich urdió, en consecuencia, un tratado secreto, el *Tratado de Reichenbach*, en virtud del cual Austria, Rusia y Prusia se comprometían a obtener aquel resultado contra los franceses si el Emperador no accedía a las nuevas condiciones: disolución del Ducado de Varsovia, Dantzig para Prusia, independencia de las ciudades hanseáticas e Iliria para Austria. Todo, a fin de reducir a Francia a sus “fronteras naturales” como si eso, en verdad, fuera posible sin aplastarla, lo que Metternich asumía sin ninguna reticencia, Napoleón, ante lo inaceptable, le dijo a Metternich: “Lo que a usted le interesa es saber si puede

obtener de mí un rescate sin luchar y si debe pasarse abiertamente a las filas de mis enemigos. Aún no sabe usted cuál de las dos alternativas es más ventajosa...”.<sup>47</sup> Metternich, imperturbable, respondió diciendo: “Mi país desea únicamente establecer un *statu quo* con un reparto adecuado del poder, para que la garantía de la paz esté protegida por una Confederación de Estados independientes”. Napoleón, al conocer a detalle las exigencias aliadas, estalló:

Austria cree que basta con hablar. Cree usted derribar aquí mismo de un plomazo las murallas de la fortaleza más grande de Europa cuyas llaves obtuve a costa de numerosas victorias. Lo que usted pretende es mi capitulación y Austria, sin lucha alguna, sin desenvainar la espada pretende compelerme a firmar tales condiciones. ¡Sin desenvainar la espada!... ¿Cuánto le ha dado Inglaterra para decidirle a tratarme así?

El frágil canciller de porcelana rococó recibió la afrenta ignominiosa en pleno rostro... y siguió adelante con sus designios. Lo que terminaba por demostrar que no era tan frágil y que tenía tan alto concepto de sí mismo que ni siquiera Napoleón era ya capaz de amedrentarlo: nadie lo lograría en adelante después de esas durísimas ocho horas de diatribas y de amenazas, veladas y no.

La suprema habilidad de Metternich consiguió en Dresden lo que parecía imposible, es decir, prolongar el armisticio, apaciguar a Napoleón y persuadirle de la amistad austriaca, a pesar de desligarse de Francia. Una victoria en toda línea. Interpretó entonces los signos: para Prusia era una guerra de honor; para Rusia, mitad honor mitad política; para Austria, ni lo uno ni lo otro: sólo el deseo de la paz europea con la restauración y preservación del equilibrio napoleónico. No era un programa glorioso aunque llevarlo a cabo supusiera la gloria de las armas de la coalición, tejida por él hilo tras hilo. Nada de guerra liberadora contra el tirano, ninguna nueva ideología: tan sólo equilibrio y nada más que equilibrio, es decir, funambulismo con redes protectoras, eso sí, pero más útil que los “risorgimenti” ilusorios, tan caros a los intelectuales, que él miraba por encima del hombro, reducidos a la condición de plumíferos.

Cuando las tropas de Schwarzenberg cruzaron Suiza, en Basilea con la violación consiguiente de su neutralidad (que Alejandro le había pro-

<sup>47</sup> *Ibidem*, pp. 126 y 127.

metido al gran helvético La Harpe conservar intacta) los días de Napoleón estaban contados y la invasión de Francia ya era irreversible. Aun así ¡Metternich hacia esfuerzos para sometido y acotado, conservar en el trono a Napoleón! ¡Qué falta de perspicacia y de conocimiento de gentes, esta peregrina e imposible pretensión metternichiana! Como si aquello hubiera sido posible. Era peor: era impensable. Impensable que Napoleón consintiera en asentar su trono en una fuerza invasora; impensable que los franceses aceptaran un rey devaluado y heterónomo; impensable también que Inglaterra condescendiera a conservar una amenaza allende el Canal como impensable era que aquello tuviera algún futuro. ¿No habrá sido uno más de los tortuosos dobleces de Metternich, obsesionado con los “márgenes de riesgo y márgenes de maniobra” que lo impelieran a expresar de dientes para afuera lo que en su interior era la esencia misma de un horror pavoroso, es decir, la presencia permanente y la sombra alargada, indeleble y ominosa de Napoleón, oscureciendo la gozosa luz de los días por venir? ¿O se trataba de su *horror vacui* político?

“Napoleón en cambio, combatía con una serie de golpes rápidos, que recordaban las primeras campañas de Italia y que ponían de manifiesto su prodigiosa voluntad y el temple de su alma en el antiguo esplendor”.<sup>48</sup> Todavía tenía tiempo para decirle a Caulaincourt que su carrera militar de veinte años no estaba “exenta de lucimiento”. ¡Vaya que no lo estuvo! Por lo mismo, en el fondo del ánimo de Metternich, un personaje triunfante, él también, se encendió una verde y temblorosa luz helada, la de la envidia. Envidia de ser genial a ratos pero nunca un genio: ese era atributo privativo de Napoleón; lo suyo, a lo más, era recortarle las alas a la poderosa Águila Imperial, cuyas potentes garras eran capaces todavía de causar heridas mortales. Con plena conciencia de la excepcionalidad de Bonaparte, puso sus delicadas manos a la obra.

Decía Kissinger que “la naturaleza de los estadistas los lleva a seguir una política de ventajas pequeñas *buscando en la vacilación un sustituto para la acción*”.<sup>49</sup> Napoleón no podía ser derrotado en un solo combate y tras la derrota rusa en Friedland, en la balsa sobre el Niémen, los dos emperadores volvieron a repartirse el mundo, ante los ojos de Metternich, impotente para alterar en lo más mínimo aquel arreglo.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 141.

<sup>49</sup> Kissinger, Henry A., *Un mundo restaurado*, cit., p. 29.

La destrucción de la estructura geopolítica existente pareció restaurar la confianza de Metternich en el triunfo final, porque ahora era evidente la desproporción entre la base material de Napoleón y su base moral: las potencias intermedias habían terminado. De allí en adelante, la victoria dependería de la fuerza nacional y Napoleón, que no pudo establecer un principio de obligación para conservar sus conquistas, *encontraría minando su poder por la necesidad constante de aplicar la fuerza*. Entre tanto, Metternich se había convertido en el embajador en París, desde donde enviaba una corriente de consejos, deferentes y sutiles, respetuosos pero firmes, para la reorganización nacional, la continuación de la reforma militar, escapar a las sugerencias napoleónicas de desarme y fortalecer la cohesión interna. “Y echó mano de la ‘*opinión pública*’, el otro poder emergente en el XIX, alegando para ello que menospreciarla equivalía a despreciar ciertos principios morales… La posteridad encontrará difícil creer —decía— que nosotros consideramos el silencio como un arma efectiva en éste que es el siglo de las palabras”. Y lo repetía en sus innumerables correos diplomáticos desde la ribera del Sena, mientras Tallyrand le aseguraba que cualquier guerra fuera de los límites naturales del Rhin, los Alpes y los Pirineos ya no era la guerra de Francia, sino la de Napoleón.

A su retorno a Viena, Metternich comenzó a poner a punto el sistema (que llevaría su nombre en la historia de la diplomacia y cuya clave o precepto sería el conservar la paz mediante equilibrios parciales y el general “equilibrio de poderes”) y en 1809 fue elevado a la dignidad de ministro de Relaciones Exteriores, a cuyo frente permanecería durante treinta y nueve años, cuatro décadas en las que fueran asentándose, dialécticamente, ordenamientos jurídicos, nacionales y codificaciones legales que acabarían por incorporar los derechos del hombre y del ciudadano que La Grand Armée de Napoleón y los ideólogos juristas sembraron por Europa entera. Vendría pronto el “momento Savigny”, la polémica con Thibault y el nuevo mapa jurídico, que aún sobrevive hasta hoy en sus líneas generales.

No deja de ser paradójico —lo vio Kissinger en su brillante monografía— que el estratega austriaco-coalicionista de las guerras napoleónicas se trasmutara en el artífice de la paz europea, que subsistiría hasta Sarajevo. El periodo aquél de construcción del sistema europeo metternichiano se caracterizó —según el autor de los Tratados de París (la paz americano-

norvietnamita)— por el enfrentamiento entre el hombre de voluntad y el hombre de razón, el principio de universalidad y el sentido del límite, la afirmación del poder y la pretensión de legitimidad. Después de 1812, el juego no podía ser jugado sino con nuevas reglas “que concedían mayor peso a la sutileza que a la fuerza bruta”.<sup>50</sup> La clase de juego que Metternich decidió jugar —explica el docto canciller nixoniano—<sup>51</sup>

no era el de la maniobra audaz que lo arriesga todo en un jaque mate rápido. Era más bien meditado y astuto, un juego *donde la ventaja reside en una transformación gradual de la posición*, donde las jugadas del contrario se utilizaban primero para paralizarlo y luego para destruirlo mientras el jugador reunía sus recursos. *Eran un juego cuya audacia residía en la soledad en que debía jugarse, en medio de la incomprensión y abuso de amigos y enemigos* y cuyo valor se encontraba en la imperturbabilidad, cuando una jugada equivocada podía significar el desastre y la pérdida de confianza podría traducirse en aislamiento y cuya grandeza derivaba de *la habilidad de sus jugadas y no de la inspiración de su concepción...* No era un juego heroico, pero salvó un imperio.<sup>52</sup>

En el transcurso de aquella enorme partida de ajedrez llegó el día de invitar a sentarse a la mesa a Lord Castlereagh, el secretario británico del Exterior, quien logaría superar el proverbial aislacionismo, tan caro a los ingleses que ya habían padecido los rigores del bloqueo napoleónico a sus mercaderías (a consecuencia del cual se precipitaron graves crisis sociales y políticas en la Isla desde la que se podía atisbar un continente convulso). Habían pagado muy caro su hermetismo y no se darían ese lujo nunca más. Metternich lo sabía, como supo también aprovechar la coyuntura favorable a sus designios.

Por cierto, se trataba de un jugador rudo, que había contribuido a sofocar la rebelión irlandesa lo que —a juicio de Kissinger— ayudó a establecer su reputación como “ogro” a los ojos de los liberales. Canning fue la fuente de sus desventuras iniciales en la vida pública, pero gracias a él, involuntariamente, fue que ocupó el Ministerio y su sitio en la recomposición europea y, al sintonizar claramente con Metternich, un lugar en la historia mundial entre las estrellas del Congreso de Viena.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>51</sup> *Ibidem*, pp. 44 y ss.

<sup>52</sup> *Idem*.

Kissinger consigna el juicio que de su carácter y personalidad profirieron los contemporáneos del Solitario: una cumbre espléndida de hielo pulido, distante, inaccesible y desconocida para el común de la gente. En esa soledad e indiferencia se incubó su trágico suicidio, cuando ya había logrado exitosamente sus propósitos políticos, adentro y afuera. Su decisión postrera dejó atónitos a quienes le conocían y respetaban, Metternich el primero, a quien sumió en el más hondo desaliento.

Coincidiendo esencialmente con Metternich en los medios a emplear a fin de instaurar un sistema duradero de equilibrio de poder, los fines que cada uno persiguió diferían sin embargo notablemente: Austria guerreaba para sobrevivir; Inglaterra para crear “las grandes masas” necesarias que detuvieran a Francia; Austria lo hacía contra la doctrina revolucionaria irradiada por Napoleón; Inglaterra, por los intereses materiales que sosténian su comercio internacional. Las diferencias no eran tanto como para olvidar el trasfondo de la pesadilla común: la revolución perpetua, que horrorizaba a uno y a otro: al austriaco le repugnaba por “antinatural”, mientras que para el irlandés era, sencillamente, perturbadora.

El represor de la Verde Erín decía que resultaba imposible no percibir el gran cambio moral que significaba para Europa el advenimiento de los principios libertarios. “El peligro es que la transición pueda ser demasiado rápida para que el mundo sea mejor o más feliz. Tenemos *Constituciones en Francia, España, Holanda y Sicilia*. Veamos el resultado antes de estimular nuevos intentos...”. Toda la parsimonia de los lores y los dueños de la riqueza insular presiden ese juicio que, disfrazado de prudencia, no era otro que un árido credo, conservador e inmovilista, reacio a toda especulación doctrinal, es decir, al análisis de *las ideas en conflicto*. En cambio para Alejandro, el otro gran coaligado, “la vieja Europa se había ido para siempre y debía crearse una nueva; nada menos que la destrucción de los últimos vestigios del feudalismo y la reforma de las naciones dotándolas de Constituciones liberales”. Pitt, a quien Castlereagh había acudido para obtener consejo, rechazó ver a Inglaterra convertida en el *paladín del constitucionalismo* y del mejoramiento social. Su opción y su línea de acción perseguía algo menos inquietante: “*obtener el restablecimiento de un sistema general de derecho público en Europa*”.<sup>53</sup> Metternich podía respirar aliviado al haber logrado llevar a Inglaterra al bando correcto, sin tener que sufrir —como se vio precisado irremediablemen-

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 58.

te— las excentridades ideológicas y hasta místicas del temperamental Zar de todas las Rusias y su pintoresco “*entourage*”, un tanto bárbaro, bañado de sentimientos teocráticos del todo ajenos a aquel “hombre de mundo”, elegante, imperturbable y más bien descreído.

Inglaterra y Rusia, ajenas a toda ambición territorial y a toda disputa en esa materia, serían el garante natural del nuevo orden de cosas, el vigía que atisbaría a tiempo cualquier barrunto de tormenta revolucionaria en el Continente. En la nueva alineación sólo cabrían cuatro grandes potencias: Austria, Gran Bretaña, Rusia y Prusia. Pero había divorcio respecto de finalidad primordial de la alianza: *la doctrina antirrevolucionaria*, que encabezaba Metternich y *la securitaria*, enemiga de toda conquista territorial, representada por Castlereagh; empero, ambos diseñaron, en un entendimiento singularmente feliz, el mundo que ambicionaban para sus intereses nacionales y, haciendo a un lado las diferencias, trabajaron arduamente para que prevalecieran eficazmente sus coincidencias. Pero Metternich, aun así, fue preponderante, pues sus lecciones sobre la imposibilidad de pactar separadamente con Napoleón lograron que todos vieran a Austria como el mediador natural en la gran disputa y, así, todos los hilos habrían de pasar por Viena, gracias a la habilidad del Príncipe, que traía entre manos un juego de diabólica complicación y en el que había convencido a todos de ser el Guardián de los Secretos, cuyo desciframiento quedaba vedado a los demás, entre otras cosas por la intrincada ejecutoria que él mismo había construido, a fin de ser el amo de la contienda.

La última jugada antes de abatir al Tirano de Europa, el llamado Congreso de Praga de 1813, que nunca se celebró, obedeció al cálculo de Metternich sobre las realidades en presencia. El análisis kissingeriano de ese momento, a base de razonamientos histórico-políticos, puede muy bien poner el punto final de este apartado, con el que se ha pretendido aquí dar una idea —muy general por cierto— del grado al que habían llegado la diplomacia y la guerra y sus protagonistas, antes del Congreso de Viena.

En los períodos revolucionarios las demandas una vez hechas, se vuelven programas. En un orden estable la conferencia diplomática trata de ajustar las diferencias que separan a los contendientes. En una situación revolucionaria, el propósito de una conferencia es psicológico: se trata de establecer un motivo de la acción y se dirige primordialmente a los que todavía no se

han comprometido. La formulación de demandas mínimas en un orden estable equivale a renunciar a la ventaja de la flexibilidad en la negociación. La formulación de demandas exorbitantes a un antagonista que, en todo caso, las rechazará, equivale a aumentar la dificultad principal de un periodo revolucionario: convencer a los no comprometidos de que el revolucionario es, en realidad un revolucionario, que sus objetivos son ilimitados. Tal estrategia concede al adversario la ventaja de la defensa de la moderación sin el riesgo de su realización. En mayo de 1813, el elemento no comprometido estaba *dentro* de Austria y Metternich deseaba una conferencia que desenmascarase los objetivos de Napoleón ante su propio Emperador.

Así pues, todo dependía de que Metternich hubiese juzgado correctamente la situación. Si la política de Napoleón hubiese sido perfectamente flexible, pudo haber paralizado a Metternich aceptando sus demandas mínimas. Pero la flexibilidad perfecta en la diplomacia es la ilusión de los aficionados. Planear la política sobre el supuesto de la posibilidad igual de todas las contingencias es confundir el arte del estadista con las matemáticas. Dado que es imposible estar preparado para todas las eventualidades, el supuesto de la flexibilidad perfecta del oponente conduce a la parálisis de la acción. El individuo que entiende los hechos intangibles se da cuenta, sin embargo, de que ningún individuo es su “*raison d'être*” no porque sea físicamente imposible sino porque es psicológicamente imposible. Para que Napoleón hiciese una paz marítima y renunciase a sus conquistas al otro lado del Rhin y a Iliria se habría requerido que dejase de ser Napoleón. Metternich estaba pidiendo algo más fundamental que la cesión de territorios: el fin de una política revolucionaria.<sup>54</sup>

La conclusión de Kissinger, sintética y elocuente:

Las fogatas que en las colinas de Bohemia anuncianaban al ejército austriaco, que ahora estaba en guerra, señalaban el fin de una extraordinaria campaña diplomática... Partiendo del supuesto de los requerimientos especiales de la posición central de Austria y de peculiar estructura interna, Metternich había logrado construir una coalición alrededor de la *santidad de los tratados y la legitimidad de los soberanos*. Había transformado a Austria de aliado de Francia en su enemigo, con la aprobación de Napoleón en cada etapa. Había transformado la guerra de la liberación nacional en una guerra de gabinete por el equilibrio. Había erigido un ejército ante las mismas narices de los franceses y había llevado a Austria a la guerra por una causa que aseguraría una paz compatible con la estructura austriaca y con la anuencia de su

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 102 y 103.

Emperador... Los filósofos podrán objetar la estatura moral de esta política, pero los estadistas la pueden estudiar con provecho... El estadista no puede escoger sus políticas como si todos los caminos estuviesen igualmente abiertos. Como Estado multinacional y como un Estado financieramente exhausto no podía librar una guerra prolongada... La política de Metternich, tanto en contenido como en forma, simbolizaba la naturaleza del imperio austriaco. Austria no podía unirse a una cruzada, porque las cruzadas formulan exigencias universales y la supervivencia de Austria dependía de un *reconocimiento de los límites*, de laantidad de los tratados, de la legitimidad. Las medidas deliberadas, los cálculos fríos, las cuidadosas maniobras, todo atestiguaba *la búsqueda de un mundo donde desapareciesen las exigencias universales*, y la hegemonía se volviese imposible. Dado que la política austriaca no podía obtener su fuerza de la inspiración de su pueblo, debía alcanzar sus objetivos mediante la tenacidad y sutileza de su diplomacia. Pocas campañas diplomáticas demuestran más claramente que la política es proporción, que su sabiduría depende de la relación recíproca de sus medidas, no de la “astucia” de movimientos individuales. El resultado fue *una coalición cuyo marco moral estaba bien probado*, independientemente de lo que se piense de su contenido y cuyo logro fue la restauración de la paz tras un cuarto de siglo de guerra... *Su hazaña final fue la identificación del principio legitimador interno de Austria con el orden internacional...* Metternich había de demostrar más tarde que adivinar la dirección en un mar tranquilo puede resultar más difícil que trazar un camino a través de aguas tempestuosas, donde la violencia de los elementos produce inspiración por la necesidad de supervivencia.<sup>55</sup>

## II. DE LA CARMAGNOLE AL VALS: EL CONGRESO DE VIENA

Adversarios entre ellos, todos enemigos de Napoleón, los cancilleres de Austria, Rusia, Inglaterra y Prusia escucharon como si se tratara de un funesto presagio las noticias que iban llegando: triunfaban las armas francesas sobre las de la Coalición en Montmirail y Montereau en febrero de 1814. Para colmo de males, la inestabilidad mental de Alejandro de Rusia enredaba los asuntos y ponía en peligro la cuádruple alianza, sobre todo porque la cuestión polaca acabaría en discordia y alarma generalizadas. Rusia pretendía que ese reino quedara avasallado frente a sus intereses y para los aliados esto debió ser un nuevo dolor de cabeza: Rusia se extendía así hasta el mismo corazón de Europa, dificultad que Napoleón

<sup>55</sup> Kissinger, *op. cit.*, pp. 114 y 115.

calibró desde Elba, pues era favorable dicha fractura entre los coaligados para recuperar el trono imperial...aunque sólo fuera por un centenar de días. Era, de nuevo, la invasión de los bárbaros como en la leyenda del Imperio Romano, cuando menos para Castlereagh, quien proponía, por el Tratado de Chaumont (10. de marzo de 1814),

una Holanda mayor e independiente, una Confederación alemana, una Suiza independiente también, una España libre y borbónica y la restitución de los Estados italianos. A cambio de esto, prometía que la contribución de Gran Bretaña en hombres y dinero sería el doble de la de cualquier potencia continental.<sup>56</sup>

El día de la publicación del compromiso, Blücher se apoderaba de Lâon, obligando a Napoleón a la retirada. Al hacerlo amenazaba diciendo: “Todavía soy el hombre que era en Wagram y Austerlitz”. Para Edward Cooke, el Emperador nunca antes se había mostrado tan grande, y Wellington, años más tarde, diría sobre aquella estrategia francesa: “Excelente por completo. El estudio de ésta me ha dado una idea más grande de su genio que ninguna otra. Pero *Napoleón careció de paciencia y no vio la necesidad de mantenerse en una guerra defensiva*”. El 30 de marzo los ejércitos aliados alcanzaron los suburbios de París cuya capitulación se firmó a las dos de la mañana del 31 de marzo de 1814. Napoleón se retiró a Fontainebleu para, al fin, abdicar en virtud del Tratado que lleva ese nombre.<sup>57</sup> Talleyrand permaneció en París, dispuesto a maniobrar para asfixiar a Bonaparte y acabarlo definitivamente, llamando a Luis XVIII a un legítimo trono francés.

Nicholson sostiene que en aquella coalición,

como en todas las coaliciones formadas con propósitos militares, existió una inclinación a posponer las diferencias diplomáticas que son propicias a plantear problemas controvertidos y, por consecuencia, menoscaban la unidad de decisiones necesarias en las operaciones militares. En el caso de una súbita victoria no se puede evitar una fase de confusión diplomática; los sucesos se producen no de acuerdo con un plan preconcebido, sino a causa de la intervención de elementos o factores secundarios, como la improvisación, la oportunidad inesperada, la presencia en el momento de alguna persona que posee

<sup>56</sup> Nicholson, Harold, *op. cit.*, p. 98.

<sup>57</sup> *Ibidem*, pp. 103 y 104.

un esquema definido y claro, Talleyrand<sup>58</sup> en la especie. La interposición de estos factores es lo que llevó a la isla de Elba a Napoleón y devolvió a Luis XVIII a las Tullerías.<sup>59</sup>

Es conocido el toma y daca entre Callincourt —vocero de los intereses de Napoleón— y los diplomáticos aliados, del que resultó el mezquino Tratado de Fontainebleau. Elba, Lista Civil, Parma y Guastalla para María Luisa y el Aguilucho, retención de la “calidad imperial” para Bonaparte y un barco, el *Inconstant*, que le llevaría a aquella isla (y que le serviría poco después para escapar de su encierro y comenzar en Francia Los Cien Días). Desembarazados del “paquete imperial” ya no había sino que traer al elefantiásico Luis XVIII, sentarlo en la silla y reciclar la Francia borbónica, recluida ya entre sus fronteras naturales y resignadamente sometida al nuevo equilibrio de poderes diseñado en Viena, Moscú y Londres. Berlín, obsecuente, se limitaba a seguir en todo a Moscú y a su “iluminado” autócrata.

Para consolidar todo aquello había que proceder a consagrarlo jurídicamente, es decir, *estatuir un sistema de compromisos, resultado de un consenso públicamente reconocible, en el que los actores se sintieran representados y los intereses quedaran resguardados: tal era el sentido del Congreso*, precedido por el Tratado de París (o “Primera Paz”) de 30 de mayo de 1840, que permitió pasar a una más amplia mesa de negociaciones, la de Viena. En virtud de dicho Tratado, Francia renunciaba a toda exigencia sobre de Holanda, Bélgica, Alemania, Italia, Suiza y Malta. Cedia a Gran Bretaña las colonias de Tobago, Santa Lucía y la isla de

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 105.

<sup>59</sup> Carlos Mauricio Talleyrand-Perigord (1754-1838), según la sintética reseña de Nicholson, fue consagrado obispo de Autun en marzo de 1789. En los Estados Generales se sentó al lado de los revolucionarios. En 1790, en la fiesta del 14 de julio, celebró la misa en el altar del Campo de Marte y votó por la Constitución Civil del Clero, por lo que fue excomulgado por el Papa. Se refugió en Estados Unidos al ser guillotinado Luis XVI. Ayudó a Bonaparte al golpe de Estado de 18 Brumario en 1799 y su recompensa fue el Ministerio de Asuntos Exteriores durante ocho años y hasta 1807, después de Tilsit. El 10. de abril de 1814 convocó al Senado y el 2 le obligó a que votara la deposición de Napoleón. En 1814-1815 representó a Luis XVIII en el Congreso de Viena, lo que le ganó la presidencia del Consejo y la Secretaría de Asuntos Exteriores. Después fue nombrado Gran Chambelán del Reino. Durante la Revolución de 1830 contribuyó a la entronización de Luis Felipe de Orleáns. Aceptó ser su embajador ante Inglaterra, hasta 1834. En 1838, reconciliado con la Iglesia, en Valençay encontró su tumba.

Francia y a España la porción española de la Isla de Santo Domingo. La cuestión polaca, tan enredosa, fue dejada de lado. Los aliados, al decir de Nicholson,<sup>60</sup> “sabían perfectamente que la pérdida de las conquistas territoriales de Napoleón podría suponer un grave choque sobre la opinión pública francesa. Se daban perfecta cuenta de que cualquier amputación mayor serviría para debilitar a los Borbones y para reavivar el bonapartismo”.

No es necesario molestar mucho en negociaciones cuando se tienen 600,000 hombres en armas, era la opinión ensobrecida de los generales rusos camino al Congreso, quienes empezaron a complicarlo todo con su insistencia en incluir la cuestión polaca en la agenda, para la desesperación de Metternich y Castlereagh ante un Tatischeff errático y evasivo, espejo del desorden mental del Zar Alejandro y su influyente hermana, (la Gran y grandemente horrorosa Duquesa) que la había hecho de “chivo en cristalería” durante su estancia londinense, ofendiendo gravemente al Príncipe Regente, un “calavera”, estragado e inconsciente, al calificarlo de “hombre sin educación, sin modales y sin dientes”.

A su pesar, Castlereagh tuvo que terminar reconociendo que Francia, su odiado enemigo, era ahora un aliado obligado a pesar de diferir radicalmente de Talleyrand, para quien el ascenso de Prusia era (clarividiente!) la fuente de inevitables conflictos futuros. Al inglés, las suspicacias y cálculos franceses sobre el predominio prusiano en la otrora Confederación del Rhin no le hicieron ninguna mella; por el contrario, era a su entender necesísimo fortalecer a Prusia si un día fuera menester enfrentar a la aborrecible y altiva Francia, que no olvidaría pronto ni fácilmente la gloriosa gesta napoleónica, como tampoco la toma de París y la humillación hondísima de ver restaurado el trono de San Luis por manos extrañas y enemigas. A Castlereagh le interesaba ante todo el “equilibrio de poderes”: ninguna nación, de ahí en adelante, debía quedar en condiciones tales que le posibilitaran promover guerras victoriosas por ella sola. Por otra parte, la seguridad particular de Gran Bretaña debía quedar garantizada con la independencia de los Países Bajos, que nunca más debían correr el riesgo de ser absorbidos por Francia. Ya se ve que la sofisticación, analítica y diplomática, quedaban lejos de su alcance. (Por eso y otras cosas Talleyrand hasta cierto punto hizo de él lo que quiso, contando además con la caprichosa simpatía de Pitt hacia el excomulgado.)

<sup>60</sup> Nicholson, Harold, *op. cit.*, p. 121.

El ideal de Castlereagh sobre un *justo equilibrio* no fue comprendido por sus contemporáneos, e, incluso hoy día hay mucha gente que imagina que el equilibrio de poder, en vez de ser una de las más estables garantías de paz es, de un modo algo inexplicado, la causa de las guerras. La política del justo equilibrio ha sido considerada más bien por los ojos de los continentales y de los americanos como perjudicial por el hecho de que, de todas las políticas, ésta es la más ventajosa para la Commonwealth Británica y para el Imperio. Al obtener todas las posesiones que le era posible desear o asimilar; al desear únicamente disfrutar en tranquilidad la situación privilegiada que había conquistado a través de muchas centurias de violentos esfuerzos y al haber adquirido ampliamente el temperamento de una *raza civilizada y pacífica* era natural que la Inglaterra del siglo XIX viera en el *equilibrio de poderes el ideal político* por el cual, con el mínimo de esfuerzo, podría retener sus ricas posesiones y disfrutar de ellas cómodamente.<sup>61</sup>

Asoma así el otro factor del trasfondo del Congreso de Viena: preservar el reparto colonial del mundo, sin ningún reparo jurídico, ni mucho menos moral.

A esa suerte de “olimpiadas diplomáticas” que fue el Congreso de Viena concurrieron personajes distinguidos y pintorescos. Entre los primeros, Talleyrand, Metternich, Castlereagh; de los segundos, una multitud: Alejandro, Federico Guillermo el prusiano, Pozzo di Borgio el italiano, Capo D'Istria el griego, Stwart el inglés, Nesselrode el ruso, La Harpe el imperial preceptor suizo, Czartoryski el polaco, Gentz el austriaco, secretario permanente del Congreso y casi perpetuo de los restantes con los que Metternich iba a meter en cintura a Europa continental durante más de treinta años. Pero el cetro excéntrico se lo llevó Don Pedro Gómez Labrador, representante de España quien, para Wellington, era la “plus mauvais tête” que había conocido en su vida. No le fue a la zaga Sir Sidney Smith, representante de Suecia, fajado siempre con una indecorosa banda “amarillo huevo” y coronado de una aborrecible pelambrera que hacía más ridícula aún su infundada y grotesca vanidad: fue el hazme-rréir de todos los delegados y providencialmente eso quizás contribuyó en algo a distender los ánimos congresionales.<sup>62</sup> El español, con todo, jamás se hubiera prestado a ello. Quien sí lo hizo, a su modo, fue Metternich y

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 147.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 157.

su programa de bailes, recepciones y conciertos, carísimos fardos para la empobrecida hacienda austriaca.

Byron no pudo reprimirse de calificar al Congreso como “vil espectáculo público”. Como siempre ocurre, concluye Nicholson, fueron más los que holgazanearon que quienes realmente trabajaron los documentos y sacaron adelante los acuerdos.

Los plenipotenciarios que prepararon, ya llegados a Viena, la agenda y la inauguración de los trabajos del Congreso fueron Metternich el anfitrión, Hardemberg, Castlereagh y Nesselrode, pues Talleyrand demoró hasta septiembre su taimado arribo a la joya del Danubio. Los problemas procedimentales, “de previo y especial pronunciamiento”, acapararon la atención de esos durante los días anteriores al 10. de octubre de 1814, fecha de la inauguración oficial del mismo. Sólo Talleyrand tenía una clara perspectiva de dichos procedimientos: la distinción entre grandes y pequeñas potencias —“odiosa y delicada”, al decir de Nicholson— así como la cláusula secreta del Tratado de París, desconocida hasta entonces por España, Portugal y Suecia, firmantes de dicho instrumento.

No existía, por tanto, ninguna base legal, contractual, lógica o moral sobre la que los Cuatro Grandes pudieran apoyar la dirección única del Congreso. Talleyrand estaba dispuesto a explorar esta anomalía en ventaja propia. Los aliados, por su misma inadvertencia, se habían colocado en una falsa posición y era una posición de la que únicamente Talleyrand podía ayudarles a salir, pero al precio de admitir a Francia en su Consejo propio y privado. Tan pronto lo consiguió, la discusión entera, como sucede a menudo en estas controversias iniciales, quedó liquidada súbitamente.<sup>63</sup>

Podía entonces comenzar ya el Gran Vals Vienés. Tres preguntas bastaron para que Talleyrand lograra que Francia se sentara sin desdoro a la mesa de las Cuatro Grandes Potencias:

“¿Por qué Hardenberg el sordo acudía acompañado de Guillermo de Humboldt?”, “¿por qué no estaban presentes los representantes de Portugal y Suecia?” (Labrador, el de España, acompañaba a Talleyrand). Siguió —dice Nicholson— “un embarazoso silencio”. Finalmente, “¿por qué se hacía uso de la expresión los aliados?”, “¿aliados contra quién?”, “¿contra Napoleón?” Imposible pues ya estaba recluido en Elba. “¿Con-

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp. 164 y 165.

tra Luis XVIII?” ¡Pero si era él precisamente quien garantizaba la paz! Y la obligada (y mañosa, al mismo tiempo) conclusión lógica: “Si aquí hay aliados, no hay entonces ningún lugar para mí” (lo que equivalía a sostener que no había sitio alguno para Francia), con lo que aquel Congreso habría devenido absurdo e inútil y Talleyrand lo sabía. Acabaría así embrollando, aún más, el inestable mapa europeo, a riesgo de malbaratar los enormes trofeos de la victoria, lo que era inconcebible por imposible. En consecuencia, había triunfado el vencido brillantemente, ajustadísimo al derecho, a la lógica y a la política al igual que a las diplomáticas formalidades, que dominaba como lo hace el prestidigitador con sus artilugios ante la chiquillería boquiabierta, que aplaudía aun sabiendo algunos (Castlereagh, Metternich) la mecánica del truco, que concluyó con una frase de mago: “*Yo no pido nada; les ofrezco, en cambio algo importante para todos: el sagrado principio de la legitimidad*”. Después, se olvidó para siempre de España, Portugal y Suecia, esa “chiquillería” y siguió adelante con sus planes, sin apartarse jamás—según lo protestaba a cada paso—de los “*grandes principios del derecho público*” y de las expectativas que había logrado despertar el Congreso previsto por el artículo XXXII de la Paz de París.

Todo arreglo internacional —sostiene Kissinger— representa una etapa en un proceso por virtud del cual una nación concilia su visión de sí misma, con la visión que de ella tengan otras potencias. Ante sí misma, una nación aparece como una expresión de justicia y esto se aproxima más a la verdad entre más espontáneo sea su patrón de obligaciones sociales *porque el gobierno funciona eficazmente sólo cuando la mayoría de los ciudadanos obedece voluntariamente*<sup>64</sup> y sólo lo hará en la medida que considere justas las exigencias de sus gobernantes. Para otras potencias, una nación aparece como fuerza o una expresión de voluntad. Esto es inevitable, porque la soberanía externa sólo puede ser controlada por una fuerza superior y porque la política exterior debe plantearse sobre la base de las capacidades del otro bando y no meramente de sus intenciones... Si una potencia pudiere realizar todos sus deseos, trataría de obtener la seguridad absoluta. Pero dado que la seguridad absoluta para una potencia significa la inseguridad absoluta para todas las demás, nunca se puede obtener como parte de un arreglo “legítimo”, sino sólo a través de la conquista... Por esta razón, en un arreglo internacional que se acep-

<sup>64</sup> Sobre la cuestión de la “obediencia voluntaria” a los dictados jurídicos el clásico autor contemporáneo es el oxoniense H. L. A. Hart y su *A Concept of Law*.

ta y no se impone, aparecerá *algo* injusto a cualquiera de sus componentes. Paradójicamente, la generalidad de esta insatisfacción es una condición de la estabilidad, porque si cualquier potencia se encontrase totalmente satisfecha todas las demás se encontrarían totalmente insatisfechas y *se produciría una situación revolucionaria*. *El fundamento de un orden estable es la seguridad relativa* —y, por lo tanto, la inseguridad relativa— de sus miembros. Su estabilidad no refleja la ausencia de reclamaciones insatisfechas, sino la ausencia de una reclamación de tal magnitud que se busque el remedio en la destrucción del arreglo antes que mediante un ajuste dentro del marco del mismo. *Un orden cuya estructura aceptan todas las grandes potencias es legítimo. Un orden que contenga una potencia que considera opresiva su estructura es revolucionario*. La seguridad de un orden interno reside en el poderío preponderante de la autoridad; la seguridad de un orden internacional, en el balance de fuerzas y en su expresión, el equilibrio... Pero si un orden internacional expresa la necesidad de seguridad y un equilibrio se construye en nombre de un *principio legitimador*, dado que un arreglo transforma la fuerza en aceptación, el mismo debe tratar de traducir los requerimientos de la seguridad en necesidades y las demandas individuales en la ventaja general. *El principio legitimador establece la justicia relativa de las necesidades encontradas y el modo de su ajuste*. Esto no quiere decir que deba existir una correspondencia exacta entre las máximas de legitimidad y las condiciones del arreglo. *Aunque no hay una correspondencia exacta entre las máximas del principio legitimador y las condiciones del arreglo, la estabilidad depende de cierta commensurabilidad*. Si existe una discrepancia sustancial y una gran potencia que se siente en desventaja, el orden internacional será volátil. En efecto, la apelación por parte de una potencia “revolucionaria” al *principio legitimador* del acuerdo *crea una distorsión sicológica*. La expresión natural de la política de una potencia de *statu quo* es la ley, la definición de una relación continua. En cambio, contra una potencia permanentemente insatisfecha que apela al *principio legitimador del orden internacional*, la fuerza es el único recurso... Así pues, el problema principal de un arreglo internacional consiste en relacionar las pretensiones de seguridad en tal forma que ninguna potencia exprese su insatisfacción en una política revolucionaria y en arreglar el balance de fuerzas en forma tal que se disuada la agresión producida por causas que no sean las condiciones del arreglo... Existen *dos clases de equilibrio*: un equilibrio general que vuelve riesgoso que una potencia o grupo de potencias traten de imponer su voluntad a las demás; y un equilibrio particular que define la relación histórica de ciertas potencias entre sí... En consecuencia, un orden internacional surge raras veces de la conciencia de una armonía, porque aunque se esté de acuerdo en cuanto a la legitimidad, las concepciones de los requerimientos de la seguridad diferirán de acuerdo con

la posición geográfica y la historia de las potencias contendientes. *Justamente de un conflicto de este tipo sobre la naturaleza del equilibrio, el Congreso de Viena elaboró un arreglo que duró casi un siglo completo.*<sup>65</sup>

Un asunto relevante al propósito de estas líneas estriba en que aquel “principio legitimador” quedaba estructurado por diversos factores entre los que la *legitimidad constitucional* del XVIII, encabezada desde 1789 por Francia (y por los Estados Unidos de América desde la Declaración de 1776) no tenía lugar alguno en el repertorio jurídico, político y moral de las Cuatro Potencias.

El principio legitimador no se construiría sobre la garantía universal de los derechos de los gobernados, sobre la separación y equilibrio recíproco de los poderes ni sobre el principio de la igualdad jurídica de los individuos *y menos aún sobre la aspiración niveladora de las desigualdades sociales*. El orden nacido del *Congreso de Viena* constituyó *la adversidad más seria y prolongada a la juridización de los derechos naturales del hombre y el ciudadano* y representó la más poderosa fuerza restauradora de los antiguos materiales de *legitimidad dinástica, derechos históricos ancestrales y derechos estamentales* que se colgaban de un gancho teocrático, anacrónico pero eficaz. Fue el instrumento jurídico para recobrar las riendas aristocráticas y elitistas de los Estados a fin de gobernar, paternal y férreamente, la vida de millones de súbditos en perpetua minoría de edad, momentáneamente extraviados a causa de las doctrinas disolventes, de cuño Enciclopedista, de impronta francesa, blasfemias, diabólicas y muy nocivas para la salud de hombres y naciones. Era recobrar el orden cuasi cósmico del derecho divino de los reyes y de las jerarquías civiles y religiosas: equivalía a regresar de Copérnico a Ptolomeo en política, asombroso pero posible si se conviene universalmente que todos habrán de conducirse como si el Sol girara alrededor de la Tierra. Con todo, el acuerdo funcionó durante muchas décadas.

Digamos que el “Acta Secreta” del Congreso pudiera ser resumidas (parodiando a Voltaire), en la consigna: “*Écrasez les infâmes*”, *derechos y libertades, pestíferos y disolventes*. Fernando VII, torpe y bobalicón, pero cruel y obcecado, obedecería ciegamente aquel grito de guerra y la espléndida Constitución de Cádiz de 1812 quedaría desterrada sin taxa-

<sup>65</sup> Kissinger, Henry A., *Un mundo restaurado*, cit., pp. 189-192.

tiva de sus ya decadentemente menguados dominios europeos y ultramontinos.

Y así por el estilo; los autócratas coronados cerraron filas, se decidieron por la fuga hacia el pasado, continuaron el disfrute de sus privilegios (hasta los estallidos de 1848) mientras a su alrededor se congregaban actores aún desconocidos y muy poco recomendables: partidos políticos, sindicatos, internacionales socialistas, escritores influyentes (Byron, Chateaubriand, Constant Staël, Hugo y Zola) pintores, músicos, financieros “parvenus”, chamarileros políticos y chamanes agnósticos, a quienes el príncipe miraba con los ojos desorbitados de quien no da crédito a lo que ve. El mundo congelado se deshieló súbitamente un día en Sarajevo, en donde se puso punto final al sistema del Congreso de Viena y su juego de equilibrio. El mundo vio aquel día al funambulista precipitarse al vacío, mientras el redoble de los tambores de guerra anunciaría una larga marcha fúnebre, que entristecería al mundo durante décadas con trincheras inmundas y deportaciones raciales masivas. El sistema del Congreso de Viena acabó por desplomarse, arrastrando tras de sí a todo aquel tinglado.

El Congreso se organizó en diez comités para abordar, temática y separadamente, las siguientes cuestiones: Alemania; el comercio de esclavos; Suiza; Toscana; Cerdeña y Génova; Ducado de Bouillon; ríos internacionales; precedencia diplomática; estadística, anteproyectos y redacción documental. Pero aun así “funcionó a saltos, con brotes de improvisación entremezclados con períodos de pausa, durante los cuales los Cuatro Grandes intentaban descubrir, entre los muchos caminos que se abrían ante ellos, cuál era la línea de menos resistencia”.

Lo novedoso, trascendente y sorpresivo fue que Francia, con Talleyrand, haya transformado la cuatripartita “grandeza” en un quinteto que acabó por imponerse sobre las demás potencias.

Francia iba ganando posición e influencia y Talleyrand contribuía, poderosa aunque no siempre infaliblemente, al resultado, pues su pragmática visión del conjunto le aseguraba que Francia, después de veinte años de gloria militar, sólo suspiraba por el descanso y que, durante tres generaciones por lo menos, no había razón para que Europa temiera el renacimiento del militarismo francés.<sup>66</sup>

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 183.

En cambio, un rumor de guerra emergería del fondo belicoso de Prusia con su tradición sanguinaria, enraizada hasta en el último rincón de la imaginación colectiva. A la obsesión por la grandeza militar aunaba una pesada soberbia intelectual, *mixtum compositum* que ensangrentaría el siglo XX europeo.

La delegación inglesa se obstinó en que los resultados del Congreso quedaran constantes en un documento general, el Acta consabida y sus 121 artículos de 9 de junio de 1815, firmados por siete de las ocho potencias del Tratado de Fointanebleu, pues el engolado español, el cejijunto y barbicerrado embajador Labrador, se negó a rubricarla a menos de que se contemplaran las cláusulas de reserva, pues España pretendía derechos borbónicos sobre algunos principados italianos. Los pequeños Estados se adhirieron, con excepción de la Sublime Puerta y de la Santa Sede. Nicholson subraya la tesis de Pitt sobre los resultados vieneses: era preciso un adicional “*tratado de garantía*”, obsesión nacida de los ancestrales reflejos comerciales británicos, para la intangibilidad futura de los derechos y posesiones adquiridos por los signantes, de tal modo que quedaran “obligados entre sí mutuamente a protegerse y apoyarse uno a otro contra cualquier intento de infringir esos derechos y posesiones”.<sup>67</sup> A la postre, el compromiso garante acabó por ser fuente de discordia entre los cinco grandes quienes, según Castlereagh, debían constituirse en *Consejo de Seguridad*, proyecto en realidad de un futuro *mecanismo represor* de democratísimos y nacionalismos abominables. Así, el inmovilismo político, el quietismo ideológico, esos antivalores, se erigieron en faros para la siguiente navegación de las ideas. Dicho Consejo nunca nació: en su lugar fueron acordadas reuniones periódicas, “Conferencias de Grandes” tan caras a Castlereagh. Pero el propósito antidemocrático subsistió y aquéllas fueron su vehículo durante los largos años de la preponderancia de Metternich.

Desmontado el Imperio francés, restaba a los vencedores reunidos en Viena asegurar “el nuevo orden” con diversas medidas, entre las cuales las ideológicas fueron primordiales. Y es que la guerra que Napoleón encaró fue, nadie lo ignora, un combate ideológico-jurídico. Ya se verá el gran aliento de la contrarrevolución restauradora en este ámbito y las adversidades que hubieron de enfrentar libertarios e igualitarios decimonónicos frente a pensadores de la talla de Chateubriand, Constant, Guizot,

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 285.

Madame de Staél, Tocqueville... La dialéctica de esas oposiciones es el objeto de las siguientes páginas.

La “boutade” de Talleyrand, “faire un 18 Brumaire à l’envers”,<sup>68</sup> dice algo de ello, pero se queda corto. Para Francia eso pudiera ser lo más urgente, pero carecía de sentido en el nuevo orden global. Era preciso ir mucho más lejos que simplemente adoptar, adaptándolas, las instituciones y el credo “liberal” ingleses, que era el horizonte acariciado por el intrigante y hedonista obispo renegado. Pero 1789 era demasiado fuerte para poder ser relegado al olvido y la dura batalla entre las ideas político-jurídicas comenzaría apenas clausurado el Congreso danzarín, el gran éxito de Metternich puesto que, a la hora del balance final, pesaban tanto el actor como su obra (que tuvo algo de teatral). Para ello nuevamente es utilísimo el análisis de Kissinger:

En realidad, los éxitos de Metternich se debieron a dos factores: que la unidad de Europa no era un invento de Metternich sino la convicción común de todos los estadistas y que Metternich fue el último diplomático de la gran tradición del siglo XVIII, un científico de la política, que arreglaba sus combinaciones fríamente y sin emoción en una época donde la política se conducía, cada vez más, *enarbolando “causas”*. *En consecuencia, las máximas de que tanto se enorgullecía tenían importancia sicológica, no filosófica...* A Metternich lo ayudaba su habilidad extraordinaria para captar los aspectos fundamentales de una situación, y su profunda intuición sicológica que le permitían dominar a sus adversarios... Entendió mejor que nadie el carácter de la transformación social que se avecinaba en Europa y el hecho de que haya decidido desafiar la marea puede ser un reflejo de su calidad de estadista, pero no de su intuición... *El principio del siglo XIX fue un periodo de transición y como ocurre en todos esos periodos, el surgimiento de un nuevo patrón de obligaciones sólo sirvió durante algún tiempo para poner de relieve los valores que se remplazaban.* La estructura política del siglo XVIII se había derrumbado, pero sus ideales seguían siendo familiares... Así pues todos los colegas de Metternich eran productos de la misma cultura esencial, profesaban los mismos ideales, compartían gustos similares. Se entendían entre sí, no sólo porque podían conversar fácilmente en francés, sino porque, en un sentido más profundo, *estaban conscientes de que las cosas que tenían en común eran mucho más fundamentales que las cuestiones que los separaban.* Cuando Metternich introdujo la ópera italiana en Viena, o cuando Alejandro llevó la

<sup>68</sup> Waresquiel, Emmanuel de, *Talleyrand, le prince immobile*, París, Fayard, 2003, p. 433.

filosofía alemana a Rusia, no estaban siendo conscientemente tolerantes. Y Metternich, con su educación cosmopolita y su filosofía racionalista, austriaco sólo por el accidente de relaciones feudales, podía haber sido con igual facilidad el ministro de cualquier otro Estado. Si tenía algunos lazos especiales con Austria los mismos *derivaban de una identificación filosófica, no nacional*, porque los principios que representaba Austria, el Imperio políglota, era un macrocosmos de sus valores cosmopolitas... *Por estas razones Metternich no sólo era eficaz porque fuese persuasivo, sino sobre todo porque era verosímil.* Era el más hábil entre todos sus colegas para apelar a las máximas del siglo XVIII, en parte porque correspondían a sus propias creencias, pero sobre todo porque los intereses de Austria coincidían exactamente con los de la tranquilidad europea. Y porque el resultado final de la política de Metternich (la estabilidad y la ganancia de Austria), era intangible, su extraordinario cinismo, su explotación a sangre fría de las creencias de sus adversarios no condujeron a una desintegración de toda restricción, como habría de ocurrir más tarde con las mismas tácticas en manos de Bismarck. *Metternich seguía una política de “statu quo par excellence” que no se traducía en la reunión de una fuerza superior sino en la obtención de una sumisión voluntaria a su versión de la legitimidad.*<sup>69</sup>

### III. LA SANTA ALIANZA Y SUS SECUELAS

Al morir el Príncipe de Ligne durante el último tramo del Congreso dijo, entre los estertores de la neumonía, que lo que más le apenaba era haber declinado iniciar en el Brabante el levantamiento contra Napoleón, pero que se vio orillado a ello puesto que “no estaba acostumbrado a encabezar revoluciones en invierno”. Ni él ni nadie se las vería fáciles para hacer estallar ninguna en cualquier sitio. Una *Santa Alianza* había sido concertada por los príncipes reunidos en Viena para impedir que ello ocurriera, a lo largo y ancho de toda Europa y durante décadas: alianza entre el Padre del Universo, providente y conservador y los “padres de los pueblos” desde las Islas Británicas hasta el Neva, vigilantes celosos de la felicidad de éstos que, en ocasiones, solían extraviarse entre sueños utópicos, libertarios y democráticos, “contrarios al orden natural del mundo” y a los que era necesario —“por su bien”— poner un freno. Ni siquiera había concluido formalmente el Congreso por anonomasia cuando ya se oían rumores encrespados entre los miles de soldados y

<sup>69</sup> *Ibidem*, pp. 406-409.

oficiales licenciados de La Grand Armée y Wellington era objeto en París de un atentado homicida. Hasta los Rothschild sentíanse amenazados: cocheando a Gentz lograron incluir un párrafo sobre los judíos (y sus derechos “menoscabados”) en el Acta Final de Viena. Suiza, sabiamente y desde entonces, reclamó y obtuvo para sí el reconocimiento, por parte de las cinco grandes potencias, de su perpetua neutralidad. ¿Quién podría haber imaginado entonces que, en virtud de dicha calidad, pronto se transformaría en una suerte de Albergue Internacional de las Revoluciones? Aun en esto, el Congreso resultó una creatura sorprendente y paradójica, mientras Napoleón en Elba se refocilaba con María Waleska, Paulina iba y venía a la isla sin contratiempo ni obstáculo y las partidas de dominó del Emperador se hacían cada día más tediosas. Cuando las luces se apagaban, apenas daban las nueve, Bonaparte rumiaba, en solitario, los detalles de su regreso “antes que florecieran las violetas”. Vendrían pronto los Cien Días y el hundimiento, de él y sus sueños, en el prosaico mar que los “legítimo-quietistas” habían ya descubierto como el único navegable de ahí en adelante.<sup>70</sup>

A pesar de toda la ciencia pedagógica de La Harpe (el preceptor suizo del zarévich devenido en Alejandro I), la voluble inteligencia de éste, su humor inconstante y sus extravíos místicos poco habían contribuido con el ilustrado helvético, empeñado en forjarle una sólida personalidad, la que convenía al “Zar de todas las Rusias”. En plena madurez, el déspota era un auténtico amasijo de pulsiones, caprichos y ocurrencias heteróclitas, lejanísimo del modelo propuesto por su tutor intelectual. Atraían la atención del soberano la cocina de Carème, chef de Talleyrand, inventor de decenas de salsas y desfiles de modas, antes que las graves cuestiones de cálculo del nuevo orden europeo, como no fueran sus dos obsesiones: Polonia y Turquía.

En el ocaso de la famosa reunión produjo Alejandro un último acto de prestidigitación y de involuntaria comicidad inicial y de efectos posteriores desastrosos: la “cruzada” contra los derechos y las libertades, proclamados en el siglo XVIII. Benévolo en los asuntos exteriores, el Zar no se tentaba el corazón cuando de temas domésticos se trataba y, tolerante de labios hacia afuera, fue siempre un represor feroz en el fondo de su desordenado espíritu. (Su táctica conocería seguidores de ella, hasta en

<sup>70</sup> Para detalles y anécdotas del Congreso, véase Alsop, Susan Mary, *Alegria y escándalo de un Congreso. Viena, 1814-1815*, México, 1986.

un México, “nacionalista y revolucionario”, progresista en foros internacionales y quietista en el terreno político interior.)

La Santa Alianza fue su obra más sonada (sólo comparable con el incendio de Moscú) y mediante un ilusionismo “evangélico-espiritista”, echó a caminar la maquina contrarrevolucionaria, la *Santa Alianza*, de la que, al principio, todos hicieron mofa: Talleyrand, Metternich, Wellington y Castlereagh al unísono. Pero pronto veríase que no era cosa de broma la tal Alianza, que no era la sonora vacuidad y el disparate que aquéllos creyeron al principio, pues *una policía ideológica supranacional* no es nunca cosa trivial.

El surgimiento de tan ominoso sistema lo provocó, sin tener la menor idea de sus consecuencias, una mujer excéntrica, nacida en Riga, escritora a sus horas, envidiosa hasta lo increíble de la fama y las letras de madame de Staël, a la que quiso emular sin conseguirlo ni de lejos; Bárbara Julia von Wietgenhof, famosa también por sus “cascos ligeros”.

Ya se sabe que de las “Magdalenas” puedan brotar santas irreprochables y Julia, arrepentida y perdonada, puesto que “habiendo amado mucho, mucha indulgencia merecía”, se inscribió al dogma pietista y, bajo el influjo de impostores y charlatanes, le dio por convertir a la verdadera fe a todos quienes se cruzaran en su aristocrático camino, el Zar incluido.

Nicholson<sup>71</sup> ha rescatado el encuentro del veleidoso ruso y la misionera:

El 25 de mayo [de 1815, Alejandro I] salió de la capital de Austria para reunirse con el emperador Francisco y las vanguardias de los ejércitos del Este en Heilderberg. En la noche del 4 de junio llegó a Heilbronn en un estado de profundo desaliento. Esperaba que, de un momento a otro, llegara la noticia de que Wellington y Blücher (“cabo prusiano habitualmente ebrio” como lo calificaban sus enemigos políticos) se habían enfrentado con Napoleón y, probablemente, le habrían vencido cuando los ejércitos rusos no habían cruzado todavía el Rhin. El Zar había contraído la costumbre de buscar orientación e inspiración en el Nuevo Testamento y acababa de leer el Apocalipsis. “*Y una gran señal fue vista en el cielo: una mujer vestida de Sol*”. Entonces recordó las cartas que Mlle Stourdza le había mostrado de una desconocida “Baronesa von Krüdener” (nombre de casada de Bárbara Julia), quien creía, con profético éxtasis, que él, el Zar, tan por encima de todas las cosas era, en realidad el predestinado instrumento de las intenciones divinas. Y fue en

<sup>71</sup> Nicholson, Harold, *op. cit.*, pp. 288-295.

aquej momento, a medianoche del 4 de junio, en la posada de Heilbronn, cuando el Ayuda de Campo le informó que había llegado una mujer solicitando audiencia inmediata. Esto no era una coincidencia los ojos de Alejandro: era una señal, un portento. Recibió a la baronesa y permaneció encerrado con ella varias horas. Le conjuró ella para que se arrepintiera de sus pecados y se demostrara a sí mismo ser digno de su misión. Después, oraron juntos en éxtasis y el Zar, rompió a llorar. [Algo como lo del episodio del final de Watergate, con un Nixon lloroso pidiéndole a Kissinger arrodillarse junto a él en aquella última noche en la Casa Blanca, para implorar la protección del Altísimo, de lo que se concluye que, a la hora de los desastres, todos buscan, aun los mayores de este mundo, el favor divino a sus torpezas].

A pesar del escándalo, llegado el Zar a París y alojado en el Eliseo, ordenó que Bárbara Julia tuviera acomodo en el hotel contiguo, el Monchenu y, no contento con esta deferencia, también dispuso que se abriera un pasadizo entre las dos casas, a fin de lograr que aquellos “encuentros místicos” fueran expeditos y, sobre todo, discretos.

El colmo estaba todavía por llegar y los ya para entonces incómodos príncipes conquistadores de Francia no habrían de dar crédito a lo que ocurriría a continuación:

El 10 de septiembre organizó el Zar una enorme revista militar en el Campo de la Virtud, a la que invitó al Emperador de Austria, al Rey de Prusia y a todos los generales aliados. Ocho altares —dice Nicholson— habían sido levantados y alrededor de ellos estaba rodeándoles el ejército ruso entero. Julia Bárbara, vestida con una sencilla túnica de sarga azul y un sombrero de paja, actuó como sacerdotisa. Era —dijo Sainte-Beuve— como la embajadora del Cielo, a la que el Zar recibió y condujo ante la presencia de sus ejércitos. Moviendo los brazos en amplios gestos como de profecía y ofrecimiento, Julia Bárbara —continúa relatando Nicholson— pasó de altar en altar, acompañada por sus acólitos y por Alejandro, ante la desazón de los altos príncipes y los generalísimos de Europa. Pero, para aquel Zar fantasioso, ese habría de ser el día más bello de su vida, pues —lo dijo sin ningún rubor— su corazón “se llenó de amor hacia sus enemigos”, lo que francamente era ir más allá del precepto evangélico y de las formas a que está obligado todo emperador, rebasando la paciencia que pudiera aún tenerse, hasta la de quienes sabían que era no más que un perfecto estolido, pero de una estulticia muy peligrosa, la del fanático converso que, creyendo hacer el bien, convierte sus fantasías

en órdenes divinas e inapelables. Si está además provisto de un inmenso poder absoluto, la cosa llega a ser muy alarmante.

Julia Bárbara, con aquello, había excedido todo límite y Alejandro, probablemente muy a su pesar, marcó su distancia de la Sibila Incómoda, que acabó sus días en la más horrible miseria, rodando de un lado a otro hasta llegar a Letonia para encontrar la muerte sola, abandonada por todos los que la habían enaltecido y venerado.

Para Genz (el secretario de Metternich), la Baronesa fue la autora de la “Santa Alianza”. Cuando menos del dichoso nombre. Pero no sólo de eso: a ella se debió también el aliento cristiano-fundamentalista que animó en sus comienzos la cruzada restauradora, la “*Pax Vindobonense*”, aun cuando la tesis aliancista era una idea acariciada por Alejandro desde tiempo atrás, desde el lejano 1804, cuando sugiriera a Pitt concertar un pacto en virtud del cual los Estados renunciaran por siempre a la guerra como instrumento político. Y en Vilna, a la Condesa von Tisenhaus, le confió en 1812 su idea: crear una “coalición espiritual” a fin de que los soberanos de Europa acordaran “vivir como hermanos”, confortándose mutuamente en sus adversidades. Algo de ello extrajo —se dice— de *El Genio del Cristianismo*, del genial Chateubriand, pero también del *Projet de Paix Perpetuelle*, del abate de Saint-Pierre y de los opúsculos de François Thierry de 1814, así como la inspiración de la Alianza fue también de Alejandro, lo que Nicholson calificó de “fatal error”: pactar la Alianza en nombre de los pueblos o gobiernos respectivos.<sup>72</sup>

Como aquello haya sido, sembró la disolución en los últimos días del Congreso al que le repugnaba la palinodia zarista de que, en adelante, “las relaciones *entre los soberanos* debieran estar basadas sobre las sublimes verdades que nos enseña la Santa Religión de Nuestro Salvador”: justicia, caridad cristiana, una paz espiritual colectiva y la feliz armonía que de la conjugación de esos factores habría de surgir indefectiblemente. Los soberanos, hermanados por la fe, se convertían en auténticos, legítimos, padres de familia “para con sus súbditos y sus ejércitos”, en una misma nación cristiana universal. Se invitó a todos a unirse al Gran Designio, pero la Santa Sede y la Sublime Puerta, relucientes, prefirieron no comprometerse, por razones, más que evidentes y la casa real británica alegó su incapacidad de pactar sin la firma ministerial de rigor. ¡La Santa Alianza!... un motivo de chiste y hasta de carcajadas al final del

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 293.

Congreso a tal grado que Castlereagh y Wellington estuvieron en un tris de sufrir un ataque de risa incontenible y muy poco diplomático cuando el Zar, con voz engolada, leyó su manuscrito y faltó muy poco para que se convirtiera en algo más que en un desagradable incidente. Conlleva la sospecha de que le animaba unas segundas intenciones ocultas, de índole territorial. Metternich maniobró astuta y rápidamente. Fue el único entre los grandes que vislumbró inmediatamente que la Alianza sería un formidable soporte de su política reaccionaria, cuanto más si, como afirmaba el Zar, esa concertación de soberanos “confirmaría a éstos en los *principios de la conservación social y política*”.

Alejandro, “el santificador”, no tardó por acabar de entrometerse en todos lados: hasta los ingleses terminaron por perder la paciencia con él cuando descifraron uno de sus proyectos más descabellados, a saber, hacer de Constantinopla la sede de su kilométrica autocracia y restablecer la Iglesia ortodoxa griega sobre el aplastamiento de los mahometanos; otro, también muy improbable, consistía en hacerse de Menorca mediante una alianza matrimonial con los Borbones de España, a quienes Alejandro ayudaría a reprimir las independencias insurgidas en América. A Wellington le parecía que en aquella barahúnda diplomática rusa desatada por el Zar “sólo había confusión e intriga”, que perjudicarían finalmente el sistema adoptado en Viena, sin obtener nada a cambio.

Con la Restauración borbónica en Francia (1814-1830) y los actores del Congreso vueltos a casa, el viejo y pugnaz Burke parecía haber triunfado ideológica y póstumamente: los extravíos revolucionarios habían sido desterrados para siempre (cuando menos así llegó a pensarse) mientras que la fuerza invencible de la tradición campeaba por sus respetos a todo lo largo y ancho de Europa, alcanzando a llegar hasta Moscú. Un nuevo mapa del continente fue la flamante la plataforma de lanzamiento para lanzar el globo aerostático vigilante de la conservación de un orden recién inaugurado, en el que no habría sitio para utópicos revoltosos, profetas de imposibilidades y fautores del encrespamiento popular; el mapa nuevo no sólo era geográfico sino además ideológico: la Restauración lo era también doctrinal, jurídica y políticamente hablando. A nadie sorprendió en consecuencia, que la *Charte Constitutionnelle* de 4 de junio de 1814, “otorgada” por Luis XVIII, comenzara con la fórmula sacro-santa: “*La divine Providence, en nous rappelant dans nos Etats après une longue absence nous a imposé de grandes obligations...*”. Esa habría de

ser, durante muchos años, la tónica de la orquestación europea mientras, subterráneo, proseguía el combate de ideas.

Dicho enfrentamiento eidético (el de diversas ideas sobre la realidad, en este caso, de la realidad política) ha sido revisado por nosotros en los planteamientos de Diderot, Burlamaqui, Rousseau, Burke, Paine, Locke, Jefferson y Lardizábal, principalmente.<sup>73</sup> Correspondrá hacerlo más adelante con Chateaubriand, Constant y Tocqueville, aludiendo de paso a De Maistre y a Madame de Staël, a fin de tener un panorama más amplio y, si posible, detallado del enfrentamiento ideológico y sus consecuencias en la reformulación y expansión de los derechos del hombre y el ciudadano anterior a la Declaración Universal de 1948, canon vigente del consenso global actual, ya muy en entredicho.

Dicho intercambio ideológico se vio favorecido por la multiplicación periodística y las comunicaciones (con el ferrocarril a la cabeza). La creciente alfabetización europea consiguió abaratar el precio de los libros y folletos en donde aquél encontró su vehículo para llevar el debate a la periferia, más allá de las grandes ciudades, diseminándolo entre artesanos, agricultores y los pequeños funcionarios de provincias.

El siglo diecinueve fue consciente, incluso exageradamente consciente, de lo que significaba el cambio. La revolución política, la revolución industrial, el declive (primero y después) el resurgimiento de la religión y los *inventos ideológicos* crearon un nuevo crisol social y cultural. Los pesimistas lamentaron el hundimiento de los viejos valores: el honor quedaba desplazado por la ambición; las obligaciones mutuas se ignoraban para pensar sólo en el beneficio. Los optimistas ensalzaban el progreso económico e intelectual: algunos estaban impacientes por construir una sociedad ideal a través de la revolución social o la transformación moral. Todas las nuevas ideas políticas del siglo fueron una respuesta a este sentimiento de cambio.<sup>74</sup>

Y el cambio se veía entorpecido, a cada paso, por el “corsé” hilvana-do por Metternich, Alejandro y Castlereagh a fin de imponerle a todos

<sup>73</sup> En *Cuestiones jurídico-políticas de la Ilustración*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2012; *Ante la desigualdad social: Rousseau precusores y epígonos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2012; *El momento angloamericano*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2013.

<sup>74</sup> Tombs, Robert, “Política”, en Blanning, T. C. W. (ed.), *Historia de Europa Oxford*, Barcelona, Oxford University Press, 2002, vol. *El siglo XIX*, pp. 34-61.

los Estados el principio de legitimidad en lo interno y el equilibrio de poderes en lo internacional. La tensión resultante fue traducida en el rico debate de ideas jurídico-políticas característico del siglo XIX.

Balzac vio, clarividente, la fabricación “con papel y tinta” de las ideologías contrapuestas, resistentes a la censura de los gobiernos, “batalla perdida de antemano” por ellos. Fue un combate ganado penosamente con la antigua máquina enciclopedista y las armas de la Ilustración, fabricadas en el siglo XVIII, en sus talleres ideológicos y políticos de derechos y libertades.

Un hecho decisivo en la vida pública del XIX lo constituyeron los impulsos nacionalistas, las *comunidades imaginadas* a cuya pertenencia el individuo se identificaba y singularizaba. Por un lado, los localismos regionales no eran ya un polo de arraigo satisfactorio y la movilidad que posibilitaron los nuevos transportes contribuyó a hacer de lado esa concepción, estática y provinciana, para fomentar, en cambio, un lenguaje común y el desarrollo de una cultura nacional y de unas tablas de valores amplios, omniabarcantes, compartidos por la mayoría e independientes del regionalismo hasta entonces prevalente. Alzó la cabeza el internacionalismo; la institución eclesiástica católico-romana, al tiempo que se encerraba en el Vaticano, operó un conjunto de reformas homogenizantes, para erradicar o diluir los usos y costumbres eclesiásticos y litúrgicos que cada país había consagrado hasta entonces. El otro internacionalismo fue político y ambicionaba coordinar la revolución social del creciente proletariado industrial. La Kulturkampf bismarckiana es el ejemplo más alto del esfuerzo por acuñar una “cultura nacional” que se percibía valiosa para la cohesión político-social de las nuevas realidades demográficas: se multiplicaron los símbolos, junto con las fechas cívicas, para resaltar el valor del patriotismo y el reclutamiento militar obligatorio, motor de las futuras desgracias sanguinarias del militarismo europeo, acabó por ser una facultad estatal incontestable.

El XIX es también “el siglo del voto”: Francia por su tradición revolucionaria, Estados Unidos por su democracia y libertad, incluyente y horizontalizada, y Gran Bretaña por su tradición parlamentaria y su dinamismo industrial, habrían de encabezar esa nueva dimensión de la política, en la que la cuestión de la titularidad de la soberanía, disputada entre los pueblos y los reyes, haría correr tanta sangre como tinta. El choque de concepciones políticas contrapuestas posibilitó la proliferación de

ideas y las obras de Burke y De Maistre fueron adoptadas como evangelios del conservadurismo; las de Tocqueville, Adam Smith y John Stuart Mill eran referentes obligados del “liberalismo político y económico” de las que emergería la fantasiosamente desastrosa *mano invisible de las leyes del mercado* (que continúa empobreciendo las vidas de muchos millones de personas en todo el mundo) Saint Simón, Owen y, claro está, Karl Marx propusieron nuevas explicaciones y adelantaron soluciones escandalosamente novedosas mientras Mickiewicz, O’Connell y Mazzini proferían oraciones nacionalistas en Polonia, Irlanda e Italia.

La personalidad y la obra de Adam Mickiewicz (*El libro de la nación polaca* y *Los peregrinos pobres*) merece algún comentario adicional puesto que, a diferencia de O’Connell y Mazzini, es prácticamente desconocido entre nosotros.

Nacido en 1798, católico de nacimiento, como estudiante no puso reparos, sin embargo, para afiliarse a las sociedades clandestinas de los masones patriotas. Desterrado a San Petersburgo y Odesa trabó amistad con Pushkin, y su errancia le llevó a Weimar en donde se entrevistó con Goethe. En Roma se reencontró con la fe católica de su infancia y se impuso un compromiso político más decidido. Vivió unas semanas en Ginebra hasta donde le llegó la noticia de la insurrección de la Polonia rusa el 29 de noviembre de 1830 (aunque los rusos reconquistaran Varsavia el 8 de septiembre de 1831 aboliendo la Constitución de 1815). Las obras mencionadas arriba las redactó en París en 1832. Sobrevivió los años siguientes gracias a su cátedra de lenguas clásicas en la Academia de Lausane y después, por virtud de su cátedra de literaturas eslavas en el College de France. Murió a causa del cólera contraído en Constantinopla el 26 de noviembre de 1855. Su concepción política, retrograda y fideísta, es cosa olvidada; no así su escandalosa “Letanía”: “Concédenos la guerra general para la libertad de los pueblos. Te rogamos Señor...”.

Todo cambiaba en cuestión de décadas ante los asombrados ojos de ciudadanos despiertos y deseosos de ser incluidos en las grandes aventuras del siglo, por más que el cadavérico Metternich y el achacoso Wellington deploraron, ya al borde de la tumba, esa sacrílega y plebeya necesidad de tomar las riendas del Estado.

Un movimiento constitucionalista llena también la historia de las primeras décadas del siglo, bajo el influjo y prestigio de la norteamericana y la francesa. España (con la paradigmática gaditana de 1812) Italia, Alemania y los Estados del este europeo conocieron una alborada cons-

titucional en tiempos de crisis, aun cuando supieron también de su abolición en el reflujo conservador, que barrió el Continente después de 1830. Hubo que esperar la gran eclosión revolucionaria de 1848 para que las Constituciones fueran pieza esencial e imprescindible de la vida política europea y de la acción gubernamental.

“Las Constituciones reconocían necesariamente un derecho de representación. Tener algún tipo de organismos representativos era ya dar un gran paso, después su forma sus poderes y los modos de elección eran cruciales”.<sup>75</sup> ¿Qué era lo que tenía que ser representado? ¿Los intereses sociales divergentes o algún tipo de voluntad general? ¿El objetivo era defender la sociedad existente o cambiarla? Los reformistas liberales deseaban asambleas según el modelo francés (y el británico, parcialmente) con debate público, derecho de interpelación, facultades de nombramiento y remoción ministerial y control presupuestal. Los más democráticos y radicales pugnaban por el sistema unicameral (nostalgia de la República Francesa) mientras que los conservadores “liberales” buscaban implantar una Cámara Alta, amortiguante de las pasiones políticas de la Asamblea, triunfando éstos a la poste, ya bien entrado el siglo XX.

“Los sistemas electorales y su manipulación se convirtieron en un motivo perpetuo de lucha. ¿Quién podía votar y cómo? ¿El sistema electoral debería reflejar la jerarquía social tal como era, o debería ser un medio para transformar a la sociedad? Durante la mayor parte del siglo y en la mayoría de los lugares de Europa el sufragio “universal” (es decir, masculino) parecía un disparate y una imprudencia. *Sólo los ciudadanos responsables debían votar, no los que fueran ignorantes o sugestionables.* Esto significaba que sólo votarían los que representaran una propiedad raíz importante y pagaran impuestos directos, especialmente la contribución territorial o, en ciertos casos, los que estuvieran calificados profesionalmente o tuvieran una educación. Para dar dos ejemplos de esas disparidades: entre el electorado de Prusia, dividido en “clases” (según los impuestos pagaderos) un 4 por 100 de los contribuyentes de los más altos impuestos tenía el mismo peso electoral que el 84 por 100 que pagaba los impuestos más bajos; en Austria se requerían sólo sesenta y cuatro aristócratas para elegir un diputado mientras que para los campesinos la elección de un representante costaba 10,760 votos... “Aun así, valía la pena ganar las elecciones”. Tombs afirma que con frecuencia, los nuevos

<sup>75</sup> *Ibidem*, pp. 42-46.

electores demostraban un interés admirablemente serio por la política, forcejeando con largos artículos de prensa y aguzando el oído en los mítines públicos. La corrupción electoral fue la otra cara de la moneda: compra de “votos cerveceros”, manipulación de las circunscripciones, hostigamiento policial contra la oposición, fraudes, el palo y la zanahoria, que se dan hasta el día de hoy, en medio de un vocerío protestatario creciente, el de los “indignados” del mundo actual.